



PERIÓDICO RELIGIOSO ILUSTRADO.

PUESTO BAJO LA PROTECCION ESPIRITUAL DE S. S. EL SUMO PONTÍFICE.

COLABORADORES. Bremón (Ilmo. Sr. D. José María). Catalina (Excmo. Sr. D. Severo).		Cueto (Excmo. Sr. D. L. A. de). Fabraquer (Excmo. Sr. conde de). Fernandez Bremón (D. José).	Garrido (D. Estéban). Gonzalez de Tejada (D. José). Hoz y de Liniers (D. V. de la).	Lafora (D. Juan Bautista). Mendoza de Vives (S. ^a D. ^a María). Pulido y Espinosa (Ilmo. Sr. D. J.).	Sabando (D. Julian Manuel de). Selgas (D. José). Serrano (D. Gaspar Bono).	Silió y Gutierrez (D. Evaristo). Sinués de Marco (S. ^a D. ^a M. del P.). Tamayo y Baus (D. Manuel).
PRINCIPALES ESCRITORES SAGRADOS CUYAS OBRAS HAN DE SER CONSULTADAS Ó REPRODUCIDAS EN EL CURSO DE ESTA PUBLICACION.						
SANTA TERESA DE JESUS. SAN AGUSTIN, ob., dr. y fr. SAN BUENAVENTURA, ob. y dr. SAN GERÓNIMO, dr. y fr. SAN IGNACIO DE LOYOLA. SAN JUAN CRISÓSTOMO, ob. y dr.	BALMES (D. Jaime). BAUTAIN (abad). BOSSUET (obispo de Meaux). BOURDALOUE (P. Luis). DONOSO CORTÉS (D. Juan). DUPANLOUP (ob. de Orleans).	FEIJÓO Y SOTOMAYOR (D. Benito). FENELON (arz. de Cambrai). FLECHIER (ob. de Nîmes). FLEURY (abad). FLOREZ (P. Mtro. Enrique). GALLEGO (D. Juan Nicasio).	GRANADA (Fr. Luis de). GRATRY (abad). LACORDAIRE (P. J.). LEON (Fr. Luis de). LISTA (D. Alberto). MADRIGAL (D. Alonso de).	MALLEBRANCHE. MARIANA (P. Juan de). MASCARON (ob. de Agen). MASSILLON (ob. de Clermont). MATHIEU (cardenal). MONTALEMBERT (conde de).	PADRE FÉLIX (de la C. ^a de Jesus). POSADA RUBIN DE C. (patriarca). RAVIGNAN (J. Adrian de la Cruz). SCIO DE SAN MIGUEL (D. Felipe). VEUILLOT (D. Luis). WISSEMAN (cardenal).	
DIRECTOR: D. LEOPOLDO M. BREMON.						

SUMARIO.

A NUESTROS SUSCRITORES, por D. L. M. Bremón.
Sección doctrinal: CONSIDERACIONES SOBRE EL DEBER INTELECTUAL DE LOS CRISTIANOS EN EL SIGLO XIX, por A. Gratry.—NOTICIAS DE ROMA: Correspondencia particular.—SAN VICENTE DE PAUL, biografía, por D. F. L. de H.—**Sección histórica:** HISTORIA DE LOS MONJES DE OCCIDENTE, por el conde de Montalembert (continuación).—LOS PAPAS, por D. F. L. de H.—EL PADRE ISLA, PINTADO POR SÍ MISMO, por D. José Gonzalez de Tejada (continuación).—LAS CAMPANAS, por D. José Fernandez Bremón.—SANTA BÁRBARA, por P.—**Sección recreativa:** EL ÁRBOL DE LA CIENCIA, por D. José Fernandez Bremón (continuación).—**Sección poética:** LOA, á Felipe Ruiz, por Fray Luis de Leon.—CONFESION, por D. Salvador María Granés. UNA TARDE EN MI VALLE, por D. Evaristo Silió y Gutierrez.—A NUESTRO SANTÍSIMO PADRE PIO IX, por D. Francisco Rodriguez Zapata.
Grabados: Retrato de San Vicente de Paul.—El Papa y sus camareros privados.—Santa Bárbara.

A NUESTROS SUSCRITORES.

En la imposibilidad de contestar particularmente á cada uno de nuestros señores suscritores, que nos escriben felicitándonos por nuestro pensamiento, y prestándonos, no solo el apoyo de su suscripción, sino tambien el aliento de sus favorables augurios y la satisfaccion de sus frases halagüeñas, nos vemos precisados á enviarles en esta forma la justa manifestacion de nuestra gratitud hácia el interés que EL MUSEO CATÓLICO les inspira.

Dispuestos estamos á emplear todas

nuestras fuerzas en pró de la causa que defendemos, y de ello es una prueba evidente la decision con que hemos arrostrado los obstáculos, de nadie desconocidos, con que necesariamente tenemos que luchar para llevar á cabo una empresa que exige todo género de sacrificios; pero siempre hemos contado con el poderoso apoyo del respetable clero español, á muchos de cuyos dignos individuos debemos ya inequívocas muestras de que nuestras esperanzas no eran infundadas.

A estos, pues, dirigimos las presentes líneas, tanto porque, segun hemos dicho antes, no nos es posible contestar particularmente á cada uno de los que componen su crecido número, como porque nos place sobremanera consignar públicamente el testimonio de nuestro agradecimiento.—L. M. BREMON.

SECCION DOCTRINAL.

CONSIDERACIONES

SOBRE EL DEBER INTELECTUAL DE LOS CRISTIANOS EN EL SIGLO XIX.

POR A. GRATRY.

El Evangelio empieza por la palabra penitencia y acaba en el sacrificio de la Cruz. Peniten-

cia, trasformacion, regeneracion, tránsito á Dios y al amor por el aniquilamiento del egoismo, vida nueva por la penitencia, es decir, por el sacrificio de la Cruz, todo es una misma cosa.

Contemplemos hoy la luz de esta Cruz de Cristo, si no desde tan cerca como San Juan y la Virgen, al ménos como aquel grupo de mujeres de las que se dice «que miraban de lejos». Contemplemos el plan general de la historia de la Cruz.

¿Qué ha producido la Cruz en el mundo? ¿Cuál es el fruto de su primer triunfo? ¿Cuáles son los peligros que amenazan hoy día su reinado? ¿Cuáles son los recursos que los hijos de la Cruz pueden oponer á estos peligros?

Contemplad á Jesucristo en la Cruz. Hé ahí el símbolo y el instrumento del sacrificio plantado como un árbol de vida sobre la tierra. ¡El sublime regenerador nos da, vertiendo su sangre, un ejemplo práctico del amor á Dios y á sus hermanos, hasta el sacrificio de sí mismo! Allí está la nueva ley, la nueva alianza de la criatura con Dios. «Os doy un mandamiento nuevo,» ha dicho. «Amaos como yo os he amado.» Y hablando de esa sangre que estamos viendo correr, ha dicho tambien: «Es la sangre de la nueva y eterna alianza.» Esa sangre que cae sobre la tierra es la semilla de una humani-

dad nueva, humanidad cuyo signo característico es y debe ser el amor á Dios y á los hombres llevado hasta el menosprecio de sí mismo. Es preciso que esta nueva humanidad crezca, se multiplique y llene la tierra. Pero la tierra está cubierta por los hombres del viejo mundo, cuyo signo característico es, por el contrario, el amor de sí mismos llevado hasta el menosprecio del género humano, hasta el menosprecio de Dios. Ese viejo mundo se apercibe á la defensa, apenas comprende el sentido de la vida nueva, que es la absoluta oposicion á la vida antigua; entra en la lucha, y durante tres siglos extermina con el hierro y con el fuego á la humanidad regenerada. Pero la creacion superior se defiende á su vez por la virtud de Dios. Deja correr su sangre para que fertilice la tierra, y despues de tres siglos de lucha, la humanidad sacrificada triunfa de la humanidad que la sacrificó. Las víctimas han vencido la fuerza. La fuerza pasa á los cristianos. César, rey del viejo mundo, se hace cristiano: ha visto en el cielo la Cruz, simbolo de la fuerza y de la victoria. Por vez primera la Cruz ha sido glorificada y sube á la corona de los Emperadores.

Desde este momento, durante quince siglos de paz relativa, hé aquí las trasformaciones que opera la Cruz. Engendra otra humanidad que es hoy día señora del globo. Los pueblos cristianos son reyes de la tierra entera, sin resistencia posible por parte del viejo mundo. La Cruz ha dado la fuerza y el imperio á los que la han recibido. Aniquila la barbarie, echa por tierra el paganismo, produce el milagro de las sociedades modernas, regenera el elemento social, la familia, según su legítima y primitiva institucion. Hace posible la libertad sin esclavitud, sin anarquía, y la unidad sin tiranía. Siembra en los pueblos la semilla evangélica y produce el milagro de las legiones angélicas, que por el sacrificio completo, por la virginidad, son con y despues de Jesucristo la fuerza que levanta la tierra hácia el cielo. Al par de costumbres más elevadas, se da á los pueblos modernos una inteligencia más alta. El espíritu humano regenerado contempla la naturaleza con una mirada más pura, más penetrante. Se hace dueño de ella, y la domina y la dirige; se apodera de las fuerzas físicas desconocidas á los antiguos, y las gobierna; triunfa del espacio y del tiempo; recorre su dominio con la velocidad del viento, y su imaginacion atraviesa el globo con la velocidad de la luz.

Tal es el primer triunfo de la Cruz, despues de la primera lucha.

¿Pero cuáles son hoy día los peligros que amenazan el reinado de la Cruz?

Los cristianos son dueños del mundo, pero están divididos. El viejo mundo nada puede contra ellos, sino dividiéndolos. Dios ha permitido que el espíritu de la sociedad antigua penetrase

en la sociedad cristiana, esponiéndola á una nueva prueba. El espíritu que niega el sacrificio, el espíritu de la ciudad del mal, donde cada cual debe amarse contra todos y contra Dios mismo, el espíritu pagano ha levantado la cabeza y encontrado adoradores. Dios ha permitido que el espíritu antiguo dividiera su pueblo, como en otro tiempo permitió que su pueblo, dueño de la tierra prometida, se dividiera tambien. Diez tribus se separaron entonces de Jerusalem y del templo, y aboliendo el sacrificio, adoraron á Astartés, á Baal y al Becerro de Oro. Astartés, diosa de la voluptuosidad, adorada como soberano bien; Baal, Dios del sol, luz creada, adorado como luz increada, y el Oro, instrumento del orgullo y de la voluptuosidad, adorado como único sacramento. Despues de mil años de cristianismo, la mitad del pueblo cristiano, demasiado apegado al espíritu del mundo antiguo, á su sabiduría filosófica y política, é incapaz del gran sacrificio de la virginidad, se ha separado del nuevo mundo, aunque sin abolir formalmente el sacrificio, y hace trescientos años, el protestantismo, el filosofismo del siglo XVIII y el sofisma contemporáneo, triple esfuerzo del espíritu del mundo antiguo, vienen luchando para abolir el sacrificio.

¿Qué es, en efecto, sino ese espíritu manifestado bajo esas tres formas, espíritu que los ciegos denominan moderno, por más que sea contrario el antiguo luchando con el de hoy, qué es sino ese espíritu el protestantismo? El protestantismo es por esencia la abolicion del sacrificio. Abolir la realidad del santo sacrificio diario, dejando de él solamente un pálido y estéril recuerdo; abolir el sacrificio terrible y real de todas las fuerzas del hombre por la virginidad; abolir la mortificacion, la abstinencia y el ayuno; abolir la necesidad de las buenas obras, el esfuerzo, la lucha y la virtud; encerrar, en una palabra, el sacrificio en Jesus solo, sin dejarle pasar á nosotros; no decir como San Pablo: «Sufro lo que resta sufrir de lo que el Salvador sufrió,» sino decir á Jesus crucificado: «Sufrid solo, ¡oh Señor!» ¡Hé aquí el protestantismo!

Sí, decir á Jesus crucificado: «Sufrid solo, ¡oh Señor!» no en la práctica de los individuos, sino en la esencia misma de su dogma, hé aquí precisamente la raiz de todo el protestantismo. Es un esfuerzo para derribar la Cruz, para arrancarla de la tierra, y dispensar á cada hombre de que la lleve, sin negar abiertamente la idea, puesto que la Cruz de Jesucristo es la base del Evangelio, y el pueblo protestante se llama á sí mismo cristiano.

Pero la secta filosófica que se levanta en el siglo XVIII va todavía más lejos. Ataca el ideal mismo del sacrificio, ataca al mismo Jesucristo, pretende destruirle y purgar al universo entero de todo rastro y de toda idea de la Cruz, de todo pensamiento de sacrificio. ¿Qué es lo que

se sacrifica cuando se sacrifica algo? Se sacrifica la voluptuosidad, el orgullo, el egoismo. Pues eso es precisamente lo que se quiere salvar, lo que se consagra y se adora cuando se retrocede al espíritu pagano. Se adora de nuevo á Astartés, diosa del goce sensual; á Baal, luz creada, razon humana erigida en dios, y al Oro, dios de todas las pasiones, dueño y Señor de todo.

Pero los sofistas del siglo XIX llevan esta doctrina hasta el último límite. Su único y continuo enemigo es la Cruz. Abolir radicalmente toda idea de la Cruz y del sacrificio, todo freno, toda autoridad, toda subordinacion del hombre á Dios, toda ley, toda disciplina, toda conciencia, toda distincion entre el bien y el mal, ese es su objeto y su idea.

¿Por qué? Precisamente porque el hombre es Dios, según ellos, y si el hombre es Dios desaparece toda posibilidad, todo pretexto de sacrificio.

Cristianos: hé ahí el enemigo, hé ahí su plan: abolir el sacrificio y echar por tierra la Cruz del Salvador. ¿Pero cuál es hoy la fuerza y la posicion del enemigo?

Existe en nuestros dias una fuerza que reina sobre el mundo. No es el César, como en otros tiempos. César no es ya más que la segunda de las fuerzas. La primera es la palabra pública, fija para todos los tiempos, multiplicada para todos los lugares por la imprenta.

¿Y en manos de quién se encuentra hoy esta fuerza? Evidentemente en las manos del enemigo desde hace un siglo. El pueblo cristiano, la humanidad nueva está accidentalmente gobernada por el espíritu del viejo mundo. La civilizacion cristiana se encuentra hoy en el estado en que se hallaba el pueblo de Dios bajo el reinado de Jezabel y de Atalía. Jezabel degollaba á los profetas, abolia el sacrificio en Israel, es decir, en la parte cismática del pueblo de Dios.

En el seno mismo de Judá la hija de Jezabel, Atalía, reina de Jerusalem, oprime el templo de Dios y trabaja en la abolicion general del sacrificio sobre toda aquella tierra que Dios habia dado á los hijos de Abraham. Tal parece el filosofismo del siglo XVIII, que no es por cierto menos destructor que Atalía. Y sin embargo, todavía reina. Y tiene un hijo peor que él, pues no solamente pretende abolir el sacrificio, sino tambien desfigurarle: en vez de sacrificar la naturaleza á Dios, sacrificar Dios á la naturaleza; no solo separarse de Dios, sino atacarle tambien; no solo borrar de nuestra mente toda nocion divina, sino adorar como Dios nuestra razon; no solo aislarla del cielo, sino empujarla hácia el infierno. No queremos insistir más sobre este misterio de muerte. Hemos hablado ya de él, y hablaremos todavía.

La verdad es que Atalía y Jezabel están aun sobre el trono y empuñan el cetro. La palabra pública, fija para todos los tiempos, multiplica-

da para todos los lugares por la imprenta, esa irresistible potencia está entre sus manos. Dios lo ha permitido. Fuertes con esa gran fuerza, arruinan el cristianismo. ¿Dónde están los cristianos fieles? ¿Dónde los hombres que representan los siete mil que no doblaron la rodilla ante Baal? Existen seguramente, y más numerosos que los siete mil. Pero de trescientos millones de hombres que llevan un nombre cristiano, ¿hay siete millones que practiquen el cristianismo? Separad los cismáticos, los herejes, los incrédulos y los indiferentes, ¿qué quedará? Si, pues, en el conjunto del mundo cristiano hay un hombre por cada cien que no haya doblado la rodilla ante el enemigo, que adore a Dios y siga su ley, será demasiado.

Esta es la posición del enemigo y su fuerza; este el peligro que amenaza a la Cruz.

(Se continuará.)

NOTICIAS DE ROMA.

(Correspondencia particular.)

Sr. Director de EL MUSEO CATÓLICO:

Con el mayor placer tomo la pluma para empezar a cumplir la delicada misión de corresponsal de su ilustrado periódico en esta ciudad santa, por más que, impresionado todavía mi ánimo con el recuerdo del grandioso espectáculo de que he sido testigo presencial, me arredre la idea de describirlo dignamente. Procuraré, sin embargo, hacerlo lo mejor que me sea posible, omitiendo consideraciones sobre los sucesos, y limitándome a desempeñar el papel de mero cronista.

El acontecimiento que aguardaba con ansiedad el orbe católico se ha realizado al fin. Roma, la ciudad de los Césares, el gigante y mudo testigo de tantas glorias y de tantas magnificencias, no asistió jamás en los tiempos de su esplendor pagano a un espectáculo más grande, más tierno, más conmovedor que el que acaba de presenciar con motivo del décimo octavo aniversario centenario del martirio de San Pedro.

A la voz del Vicario de Cristo, quinientos sucesores de los apóstoles se han congregado en la Ciudad eterna, más de doscientos mil católicos han acudido desde las más remotas regiones a prosternarse y orar ante la tumba de San Pedro.

Es imposible, a no haberlo presenciado, formarse una idea del golpe de vista que ofrecían en la mañana del 29 la plaza del Vaticano y las calles adyacentes. Cubría su superficie un mar de apiñadas cabezas, y hasta el movimiento de oscilación que la impaciencia imprimía a toda aquella masa compacta, dábale semejanza con el flujo y reflujo de las olas.

Al sonar las siete empezó a desfilar la procesión en este orden:

1.º Un piquete de zuavos pontificios, seguido de los huérfanos vestidos de blanco.

2.º Los Hermanos de la Penitencia, Agustinos Descalzos, Capuchinos, Menores, Orden Tercera de San Francisco, Carmelitas Descalzos, Siervos de María, Dominicos y otros, representada cada

Orden por varios religiosos, con cirios encendidos y la cruz y el estandarte, y precediendo a los monjes Benedictinos, tras de los cuales aparecía el clero secular con los canónigos de San Juan, cuyo estandarte llevaban dos acólitos.

3.º Todo el clero secular, desde los discípulos del Seminario romano hasta el párroco del último templo, y detrás el Camarlengo del clero romano.

4.º El clero de las basílicas menores y mayores, al que precede la hermosísima tienda que en los tiempos del imperio, y como signo de su poder, se llevaba delante de los Césares.

5.º Los miembros del Tribunal del Vicariato Cardenalicio.

6.º La Congregación de Ritos, detrás de la cual se mostraban los estandartes de los nuevos santos, llevados por sus cofradías y los religiosos de su Orden: en primer término, el de la pastora Germana Cousin, después el de la beata Francisca de las Cinco Llagas, y los de todos los otros.

7.º Dos guardias suizos que preceden a la Capilla Pontificia, a los camareros honorarios y supernumerarios, el predicador apostólico, capuchino, y el confesor, servita, con todos los capellanes que llevaban las mitras del Padre Santo, camareros secretos, abogados consistoriales, etc.

8.º Los prelados vestidos de pontifical, que ofrecían el más brillante e imponente aspecto que se puede dar, y después, formando otro grupo no menos brillante e imponente, todo el Sacro colegio, los cardenales diáconos, los cardenales presbíteros y los cardenales prelados.

9.º Los conservadores de Roma, el senador, el vicecamarlengo de la Iglesia.

Y por último, en Sede Gestatoria, entre los prelados asistentes al Solio Pontificio, bajo un dosel de grana, Pío IX, cuya aparición fué acogida con un clamor inmenso, unánime y prolongado. Los sombreros y los pañuelos se agitaban en el aire saludando al Pontífice; las madres levantaban a sus hijos, como para que cayese sobre ellos la bendición del Ungido de Dios. Desde el puente de San Angelo hasta la Basílica, el tránsito del Papa fué una continua ovación.

A las ocho la procesión llegó a la puerta de la Basílica, y al penetrar en ella, los cantores de la capilla Sixtina entonaron el famoso *Tu es Petrus*, cántico cuya sublimidad, cuya unción, cuya ternura infinitas solo ha podido inspirarlas el mismo Dios.

Entre tanto el Papa había atravesado la vasta nave del templo, que estaba ricamente vestido de colgaduras de seda escarlata con franja de oro, é iluminado por más de diez mil arañas y sesenta mil bujías de cera, y después de haber orado ante la capilla del Santísimo Sacramento, se dirigió hacia el trono que se le tenía dispuesto, dando entonces principio una ceremonia conmovedora. Más de cincuenta cardenales y quinientos obispos, arrodillados ante el Sumo Pontífice, besaron su pié en señal de sumisión y acatamiento. ¡Qué espectáculo el de ver a los príncipes de la Iglesia prosternados ante el sucesor de San Pedro, é implorando su bendición!

Después de esta ceremonia, que no duraría menos de una hora, comenzó la de la canonización de los mártires del Japon. En aquel momento ocurrió un incidente que fué causa de alguna alarma, aunque por fortuna no tuvo consecuencias desagradables. Sin que se sepa cómo, dos de las grandes cortinas que tapizaban la pared fueron repentinamente presa de las llamas; los bomberos acudieron acelerados y en pocos instantes lograron extinguir el incendio. Con esta desagradable ocurrencia coincidió otra más grave aun, sobre la cual circulan extraños rumores, habiendo personas que enlazan ambas y hacen de ellas un solo suceso. La verdad es que en el momento en que escribo esta carta nada de positivo se sabe acerca de la conexión que pueda haber entre el incendio y el hecho a que me refiero, y hasta que los tribunales aclaren este último, prefiero guardar silencio, por no convertirme en eco de noticias que merecen confirmación.

Restablecida la tranquilidad, momentáneamente turbada, prosiguió la ceremonia, que terminó con la declaración hecha por el soberano Pontífice, elevando a la categoría de santos a los bienaventurados mártires. Acto continuo, con su voz vibrante y simpática, que se oye desde todos los extremos del inmenso templo, entonó el *Te-Deum*, que continuaron los cantores de la Sixtina.

Al mismo tiempo las trompetas de los guardias nobles, las campanas de la Basílica vaticana, las del Capitolio y las de todas las iglesias de Roma, los cañones colocados en las avenidas del templo y los del fuerte de San Angelo, formaban un inmenso concierto que, poblando los aires de sonidos, parecía elevarse al cielo como el himno de la naturaleza a su Creador. Todo cuanto tiene voz, eco y timbre, ensalzaba unísono al Dios de los ejércitos, cuya omnipotencia anuncian el estampido del trueno y el vivísimo y terrible fulgor del rayo. ¡Cuán pequeñas me parecían en aquel momento las grandezas humanas! ¡Cuán pequeño me consideraba yo mismo, en medio de aquel inmenso templo resplandeciente de luz, fijos mis ojos en la imponente y majestuosa figura del Vicario de Jesucristo en la tierra, escuchando el sublime cántico que seiscientas voces elevaban al Señor entre el estruendo de las salvas de artillería, el agudo clamor de los clarines y el repique general de las campanas!

Es preciso, señor director, haber presenciado aquel espectáculo para poder, no explicar, que a eso nunca se llega, pero comprender al menos lo que sentían en tal momento nuestros corazones. La palabra es siempre pálida para traducir el sentimiento.

Terminado el *Te-Deum*, el Papa celebró la misa y dió su bendición, con lo cual concluyó esta solemnidad religiosa, cuyo recuerdo jamás se borrará de la memoria de los que hemos tenido la dicha de presenciarla.

Y aquí concluye también esta desaliñada correspondencia, porque el correo, próximo a salir, no me permite ser más extenso, y temo que aun así no llegue esta carta a tiempo de publicarse en el primer número de EL MUSEO CATÓLICO.—N.

Roma 30 de Junio.

SAN VICENTE DE PAUL.

Una de las figuras más colosales que descuellan en la historia de la humanidad, ilustrando la crónica eclesiástica de los pasados siglos, es sin duda alguna, la del virtuoso varón, modelo de humildad y sencillez, fuente de caridad inagotable, y protector de los menesterosos, de quien nos proponemos delinear á grandes rasgos los signos más característicos, mencionando, siquiera sea ligeramente, los notables hechos á que fué unido su nombre.

Hijo de unos honrados campesinos, llamados Juan de Paul y Beltrana Moras, nació San Vicente en Pony, lugar próximo á Burdeos, el 24 de Abril de 1576. Compartía con otros cinco hermanos la escasa hacienda de sus padres que, sobrado caritativos, hacían de ella partícipes á cuantos pobres demandaban socorro á sus puertas. Los primeros años de su vida pasólos Vicente apacentando ganados, con lo cual procurábase el preciso sustento sin ser gravoso á su familia, partiendo con los desvalidos el pan cotidiano, al par que les auxiliaba con los pequeños ahorros que lograba reunir á costa de afanosa economía. A los doce años comulgó por vez primera, y, viendo sus padres las felices disposiciones del manco para el estudio, resolvieron confiar su educación á los franciscanos de Acqs, mediante una suma anual equivalente á doce duros de nuestra moneda, que para unos labradores tan escasos de recursos constituía un sacrificio enorme. Dedicóse al estudio con tal aprovechamiento, que á los cuatro años nada tenían que enseñarle sus maestros, viéndose en aptitud de sostenerse á sí propio como preceptor de los hijos de un abogado compatriota suyo. Cinco años ejerció este difícil ministerio; al cabo de los cuales, y bajo el auspicio de aquel honrado jurisperito, abrazó el sacerdocio, recibiendo en 19 de Setiembre de 1596 las órdenes menores, y pasando á continuar sus estudios á la universidad de Tolosa, no sin costar á su buen padre el esfuerzo de vender una yunta de bueyes para sufragar los gastos de residencia, si bien con la satisfacción de ver emprender á su hijo la gloriosa carrera que á fuerza de

inauditos afanes había de conducirle á la inmortalidad más sublime.

Desde Tolosa pasó nuestro escolar á la ya entonces afamada universidad de Zaragoza, en cuyas aulas terminó su carrera teológica, recibiendo el subdiaconato en 27 de Febrero de 1598, ordenándose de diácono el 29 de Diciembre y de presbítero en 23 de Setiembre de 1600, sin haberse logrado averiguar jamás en qué oculto templo celebró la primera misa, vedándole su



SAN VICENTE DE PAUL.

modestia más espectadores ni asistentes que un sacerdote y otro ministro del culto.

Muerto á la sazón el padre, no quiso este santo varón aumentar los apuros de su familia aceptando la corta herencia que le tocaba y, renunciando á ella, se instaló en un colegio á las inmediaciones de Tolosa, y luego trasladóse á la misma ciudad, en donde vivió de las retribuciones que el profesorado le proporcionaba.

Merced á los buenos oficios del letrado monsieur Commet, convecino y protector suyo, iba á conferírsele el curato de Tilly, que su humildad le impulsó á renunciar, como también más adelante se opuso á los deseos manifestados por el duque de Espérnon de influir para su designación á un obispado, considerándole digno merecedor de ejercer tamaña dignidad al sacerdote

virtuoso, ilustrado y asiduo que con tanto celo y no vulgar tino llenaba cumplidamente las difíciles obligaciones de su penoso magisterio.

Pasó tranquilamente algún tiempo consagrado á ejercer su doble misión sacerdotal é instructora, hasta que, por su adversa fortuna, embarcándose un día en Narbona, á donde había ido para recoger la herencia que una noble señora entusiasta de sus virtudes le dejaba, apresado el buque en que navegaba por un corsario berberisco, fué llevado cautivo y pobre á Túnez, donde sufrió todo género de insultos y penalidades, sirviendo á diferentes amos que rivalizaban en mortificarle para hacer más sensible su esclavitud. Tuvo esta término el 28 de Junio de 1607, en que, á fuerza de predicaciones y saludables consejos, llenos de sana doctrina, consiguió rescatar de la herejía y tornar al gremio de la Iglesia católica á un renegado de Niza, convirtiendo á la verdadera fé á una de las mujeres de este, que era turca, y huyendo ambos á bordo de un ligero esquife, arribaron á Aguas Muertas y después á Aviñón, siendo allí recibidos por el vicelegado pontificio, que los condujo posteriormente á Roma.

Residió Vicente en la ciudad santa hasta 1608, ocupándose constantemente en sus estudios sagrados visitando las bibliotecas, los sepulcros y reliquias de los santos mártires que desde los primeros siglos sellaron

con su sangre la historia del Catolicismo, y fortaleciendo su espíritu con la piadosa devoción que le inspiraban las cosas sagradas, los grandes recuerdos, las suntuosas ruinas y los magníficos templos que tanto abundan en aquella corte opulenta, á que da mayor vida y más brillante esplendor la majestuosa presencia del sucesor de los apóstoles, del vicario de Jesucristo, cuya grandeza y santidad son tales que á todo el orbe ilustran.

Cuando el virtuoso sacerdote regresó á su patria, encaminóse á Paris, fijando su residencia en el arrabal de San German, muy diferente entonces de lo que hoy aparece. A la generosa protección de Mr. de Fresne, secretario de Margarita de Valois, primera esposa de Enrique IV, debió el empleo de limosnero con que esta reina

quiso agraciarse, así como la abadía de San Leonardo del Campo, que el rey le confirió mediante la intercesión de la princesa y del duque de Epernon, que le tenía en grande estima. Aquí empieza su especial protección á los pobres enfermos, dedicándose á cuidar de su asistencia con tan caritativo celo y con desinterés tan grande, que para consagrarse más enteramente á ser el amparo de los afligidos y hacer vida más retirada y contemplativa, trasladó su vivienda á la casa de los padres del Oratorio, trocando dos años más tarde su cargo de limosnero y la abadía por el modesto curato de Clichy, acudiendo sin cesar al socorro del infortunio y reedificando la iglesia parroquial, ó más bien, construyendo un nuevo santuario con el fruto de los donativos ó limosnas que su afán pudo conseguir de las personas pudientes.

Apenas hubo dotado á aquellos campesinos de los inapreciables dones que su inagotable bondad difundía por todas partes, viendo fructificar los ricos gérmenes que la santa palabra de sus predicaciones sembraba en el ánimo de sus feligreses, dejó el curato para encargarse de la educación y guarda de los hijos del general Gondi, conde de Joigny, influyendo poderosamente en el ánimo de este y en el de la condesa, su esposa, para fomentar en ellos el noble propósito de multiplicar las numerosas fundaciones pías é infinitas, beneficios que dispensaban en favor de los moradores en sus dominios de Picardía. No se avenía, empero, con la humildad del santo la fastuosa grandeza que en los palacios se disfrutaba, y aun cuando su modestia le inclinaba á usar todo el retraimiento compatible con la gratitud, como años antes el alcázar de la reina de Navarra abandonó también la mansión de los condes de Joigny por el modesto curato de Chatillon, que á todo trance necesitaba un pastor solícito de su custodia, por hallarse huérfano de cura en el largo período de cuarenta años.

Fueron precisas toda la resignación y mansedumbre que en el alma del digno sacerdote tenían su asiento, los edificantes ejemplos de su vida ejemplar, el ardiente celo por la causa divina y la fé inquebrantable que le animaban para conseguir el portentoso cambio en las costumbres de una sociedad tan corrompida como aquella y lograr atraer al estrecho camino de la virtud las ideas de unas gentes de todo punto extraviadas por las reformas calvinistas, tan generalizadas en aquella época. Y, sin embargo, tales eran las dotes que el digno eclesiástico poseía, tales la perseverancia y la elocuencia de sus exhortaciones, que al fin logró, no solo apartarles de la peligrosa senda en que sus feligreses marchaban descarriados, sino infundir en ellos y hacerles practicar las virtudes de que carecían. Allí fué donde tuvo su cuna la grande y salvadora institución benéfica, hoy tan dise-

minada por todo el ámbito del mundo: en aquel pueblo humilde instituyó la cristiana asociación de *Siervas de los pobres*, verdadera práctica del precepto evangélico que recomienda la fraternidad humana, congregándose, bajo el santo nombre de la caridad, todos los cofrades de aquella hermandad benéfica el día de la fiesta de la Purísima Concepción de la Virgen, cuyos estatutos, redactados por el mismo fundador, obtuvieron la aprobación del arzobispo de Lyon el 24 de Noviembre de 1617.

Fundó también un colegio de misioneros, que fueron á predicar la palabra divina de pueblo en pueblo para sacar triunfante al Catolicismo en su lucha incesante contra la herejía, estableciéndose primero en el priorato de *Bons enfants*, y más tarde en San Lázaro. Tales prosélitos hizo, tales resultados obtuvo y tanto progresó la institución, que el arzobispo de París, en 24 de Abril de 1626, la otorgó su aprobación, que fué confirmada en el año sucesivo por el rey Luis XIII.

Las conferencias espirituales que bajo su presidencia se celebraron en varias diócesis de Francia dieron tan ópimo fruto, que la mayor parte de los prelados para las sedes vacantes fueron escogidos entre los que el santo ejercitaba, dándole sanas lecciones de virtudes sacerdotales y de caridad práctica, «difundiendo, como decía Bossuet, la unción y la luz, el gusto de la ciencia eclesiástica y de la piedad sólida.»

A estas fundaciones siguió la de las *Hijas de la Caridad*, cuya misión determinan sus mismas palabras: «Tienen por monasterios las casas de los enfermos; por celda una pobre estancia; por capilla la iglesia de la parroquia; por claustro las calles de la ciudad; por clausura la obediencia; por reja el temor de Dios, y por velo la santa modestia.» Dedicarse estas piadosas mujeres á educar las niñas pobres, á cuidar é instruir á los expósitos, al servicio y asistencia de los ancianos, de los presos, de los enfermos y de los heridos, que también entre el estruendo mortífero de los campamentos van á prestar estas tiernas é inofensivas doncellas su ayuda caritativa con abnegación meritoria.

Dos años antes de su fallecimiento dió San Vicente á los sacerdotes de la misión sus constituciones, y poco tiempo después, ulcerándose una de sus rodillas, vióse privado de salir de San Lázaro, sin poder celebrar el santo sacrificio de la misa más que en la capilla de la enfermería desde 1639. Por último, el 27 de Setiembre de 1660, al amanecer, entregó su alma á Dios este varón justo, sin padecer convulsiones ni alteración visible, verificándose el tránsito de esta vida á la eterna con la dulce facilidad que el sueño adormece los sentidos.

Expidióse el decreto de su beatificación, previas las informaciones competentes, el 21 de Agosto de 1729, en el pontificado de Benedic-

to XIII, y Clemente XII decretó la bula de canonización en 16 de Junio de 1737. Por último, el actual Pontífice, en un Consistorio reciente, ha dado la más amplia bendición apostólica á todos los individuos pertenecientes á las piadosas conferencias establecidas en España en pró de los desvalidos.

F. L. DE H.

SECCION HISTÓRICA.

LOS MONJES DE OCCIDENTE

DESDE SAN BENITO HASTA SAN BERNARDO,

POR

EL CONDE DE MONTALEMBERT

de la Academia francesa.

(CONTINUACION.)

Empresa formidable era esta, pero no superior á sus fuerzas. Dios eligió este momento para enviar á su Iglesia una nube de santos, de pontífices, de doctores, de oradores, de escritores, que formaron esa constelación de géneos cristianos conocidos bajo el nombre de padres de la Iglesia, á los que veneran los siglos y hasta los más escépticos respetan. Ellos inundaron el Oriente y el Occidente con las luces de la verdad y de la belleza. Desplegaron en el servicio de la verdad un ardor, una elocuencia, un saber que nada sobrepujará nunca. Cien años antes de la paz de la Iglesia, habían cubierto el mundo de buenas obras y de escritos bellos, creado asilos para todos los dolores, una tutela para todas las debilidades, un patrimonio para todas las miserias, lecciones y ejemplos para todas las verdades y para todas las virtudes.

Y á pesar de todo esto no pudieron conseguir crear una sociedad nueva, ni transformar el mundo pagano. Según su propia confesión, solo llegaron á la mitad de su camino. Ese largo grito de dolor que se prolonga á través de todas las páginas que nos han legado los santos y los escritores cristianos, estalla de repente con una intensidad sin igual en el transcurso de los tiempos. Escuchad á Gerónimo, á Crisóstomo, á Agustín, ¡á Salviano sobre todo! Unánimes anuncian la precoz decadencia y la caída vergonzosa del pueblo cristiano, convertido en una sentina de vicios. Todos ellos ven con desesperación á la mayoría de los fieles precipitarse en los placeres del paganismo. La afición desenfadada hacia los espectáculos sangrientos ú obscenos, los juegos del circo, los combates de los gladiadores, todas las vergonzosas frivolidades, todos los excesos, todas las prostituciones de la Roma perseguidora se apoderan de los recién convertidos y subyugan á los hijos de los mártires. Un paso más, y un nuevo Juvenal podrá cantar la derrota de los que habían reconquistado el mundo para Dios, y la venganza ejercida sobre los vencedores por el géneo del mal.

Victumque ulciscitur orbem.

Por exageradas que quieran suponerse estas lamentaciones unánimes, siempre serán una prueba irrecusable de que la victoria política del cristianismo, lejos de haber asegurado el triunfo definitivo de los principios cristianos en el mundo, provocó en la multitud la recrudecencia de todos los vicios que la fé cristiana debía haber aniquilado.

Pero mucho más todavía que sobre la vida doméstica y privada, recobró el paganismo su imperio sobre la naturaleza y la acción del poder temporal, puesto en presencia de la Iglesia. Allí no aparece síntoma alguno de la transformación que la noción y el ejercicio del poder debían sufrir un día en el seno de las naciones cristianas. Constantino y sus sucesores fueron bautizados; el imperio, el poder imperial no lo fué. La mano que abría á los cristianos la puerta del poder y del favor fué la misma que les tendió lazos en los cuales, cualquier otra Iglesia que la inmortal esposa de Jesucristo, hubiera perecido para siempre y sin honor. Los emperadores aspiraron á convertirse en señores y oráculos de la religión, no pudiendo ser más que sus hijos, ó á lo más, sus ministros. Apenas la reconocieron el derecho de vivir, se juzgaron investidos del derecho de gobernarla. No pudiendo conseguirlo, comenzaron de nuevo su persecución contra ella en nombre de Arrio, como sus predecesores la habían perseguido en el de Júpiter y Venus.

El mismo Constantino, el libertador de la Iglesia, el presidente laico del Concilio de Nicea, se cansó bien pronto de la libertad y de la autoridad crecientes de aquellos nuevos libertos. Seducido por los cortesanos eclesiásticos que ya rodeaban su trono, desterró á San Anastasio, el más noble y el más puro de los cristianos. Peor fué lo que hicieron sus sucesores. Oigamos á Bossuet. «El emperador Constancio se puso á la cabeza de los arrianos y persiguió tan cruelmente á los católicos... que aquella persecución fué considerada como más cruel que la de los Decio y los Maximiano, y, en una palabra, como un preludio de la del Antecristo... Valente, emperador de Oriente, arriano como Constancio, fué todavía un perseguidor más encarnizado, y de él se ha escrito que pareció ablandarse cuando trocó en destierro la pena de muerte.» (1)

Pero mucho más perjudicial que la misma persecución fué la invasión de la política en la Iglesia. Cuando, después de cuarenta años de disputas, Constancio hubo impuesto al Oriente y al Occidente el formulario equivoco del Concilio de Rimini, el mundo, según la famosa expresión de San Jerónimo, se asombró gimiendo al encontrarse arriano (2), merced á la complacencia de un episcopado que se dejaba conducir

y asustar por los eunucos del palacio imperial.

Necesario era que la prueba fuese cruel, porque lo que jamás se había visto hasta aquel tiempo, lo que casi jamás se ha visto después, se vió entonces. Un Papa débil. Liberio, según la opinión general, cede, tras una noble resistencia, á las penalidades del destierro y sacrifica no ciertamente la doctrina verdadera, pero sí al intrépido defensor de la verdad, Atanasio. No compromete en nada la infalible autoridad de su sôfio; no compromete más que la reputación de sus perseguidores (1). Pero al oír su nombre se ve como una sombra, como una nube que pasa ante esa columna de luz que atrae la mirada de todo católico cuando se abisma en las profundidades de la historia.

Las violencias, los destierros, los martirios comienzan de nuevo en el siglo V, y se prolongan de generación en generación. Todo hereje encuentra un auxiliar sobre el trono imperial: después de Arrio, Nestorio; después de Nestorio, Eutiques; y así se llega, de persecución en persecución, á la sangrienta opresión de los emperadores iconoclastas, tras la cual no queda ya más que el cisma supremo, que separó para siempre del Oriente libertado y ortodoxo el Oriente humillado bajo el doble yugo del error y de la fuerza.

(Se continuará.)

LOS PAPAS.

Su origen y representación en la tierra: suprema autoridad y predominio que ejerce el jefe de la cristiandad sobre las demás sedes apostólicas.—Diferentes denominaciones con que se ha designado á los Pontífices romanos.—Etimología de la palabra Papa y significación que tuvo en los tiempos antiguos y modernos.

I.

El obispo de la Iglesia romana es el sucesor de San Pedro, que durante veinticinco años ocupó la sede episcopal de Roma (2) y la rige todavía, representado personalmente por los sucesores suyos en el Pontificado (3), herederos universales en la administración de Pedro (4). Así, pues, de igual modo que el santo apóstol á quien fueron confiadas las llaves del celeste reino (5), poseyendo y regentando la Iglesia madre de todas las Iglesias, obtuvo el principado universal (6), así también el Pontífice romano, en su calidad de sucesor de San Pedro, ejerce un apostolado cuya primacía sobre los demás episcopados nadie osaría poner en tela de juicio sin criminalidad (7). Por esta razón desde los primeros siglos todas las cuestiones que podían admitir alguna duda, constantemente y por una

costumbre invariable, fueron sometidas como al jefe supremo de todos los obispos del universo (1), porque, según dice San Ireneo, discípulo de San Policarpo, que lo fué de San Juan, el predilecto del Salvador, hacia la Iglesia romana por su autoridad y supremacía, *propter potiore principatitatem*, es donde deben converger todas las demás Iglesias, esto es, los fieles diseminados por todo el universo (2). Por eso todos los Padres más antiguos de la república cristiana han establecido que al Pontífice romano, asentado, por decirlo así, en el punto más culminante de la ciudadela, *in summitatis arce*, compete el régimen y la primacía de todas las Iglesias (3), y todos lo han reconocido como á único y verdadero juez y sacerdote, según las necesidades ó circunstancias lo exijan (4).

De lo expuesto podemos deducir lógicamente, que el Pontífice romano, con la *primacía* de todas las Iglesias (5), recibió la facultad, el poder de instituir los obispos de las demás (6), dictar leyes y dispensar de su obediencia (7); que en todo tiempo se debe apelar á su tribunal, quedando en suspenso todo fallo hasta tanto que «la causa haya sido juzgada en última instancia por el obispo de Roma (8).» Esta jurisdicción suprema, esta soberanía desde el primer siglo de la era cristiana, se prueba con hechos incontestables. Sábese que, aun en vida de San Juan, vió la Iglesia de Corinto su paz turbada por discordias intestinas. ¿A qué autoridad recurrió para apaciguarlas, restableciendo la conciliación en los ánimos? Parecía natural que fuese á la de éste apóstol, mas no fué así: eligióse por árbitro á San Clemente, obispo de Roma, que á la sazón no era más que el tercer sucesor de San Pedro. Cuando Marcion, fautor de los desórdenes que desolaban á la cristiandad en Asia, fué anatematizado, no acudió en queja á su metrópoli de Cesarea ni á la iglesia de Efeso, que gobernaba entonces un discípulo de San Pablo, ni á la cátedra de Antioquía, la primera y más venerada sede asiática, sino que llevó su demanda á Roma, solicitando indulto y bulas de paz. Por aquella época también San Policarpo, discípulo de San Juan, fué á consultar con el Papa Aniceto qué día era más conveniente elegir para la celebración de la Pascua (9). Otros y muy numerosos ejemplos, suministrados por la historia eclesiástica de los tiempos primitivos, atestiguan que el obispo de Roma, ya desde mucho tiempo antes del Concilio de Nicea, ejercía la suprema jurisdicción hasta sobre las grandes metrópolis de Alejandría y Antioquía, de

(1) Fleury, *Historia eclesiástica*, Lib. XVI, cap. 46. El conde de Maistre (*Del Papa*, Lib. I, cap. 45) que recuerda el noble pensamiento de San Atanasio, hablando él mismo de la debilidad pontifical de que había sido víctima: *La violencia prueba ciertamente la voluntad del hombre que hace temblar, pero no la del hombre que tiembla*, Hist. arian. ad Monachos, cap. 44.

(2) Euseb. *Chron.*, an. XLIV.

(3) Pet. Raven. *Epist.*, ad Eutyph.

(4) Siric. *Ep.*, ad Himer. *episc.*, Tarracon.

(5) Matth. XVI, 49.

(6) *Ep. Hadrian.*, in. syn. œcum. VIII, art. 2.

(7) Agustín, *De baptism.*, II, 1.

(1) Damas. *Ep.*, ad. omni. *episc.*, Orient. ap. Theodoret. *Hist. eccl.*, V, 40.

(2) *Adv. hæres.*, III., 3.

(3) Athanas. *Apolog.*, II.

(4) Ciprian. l. I. *epist.*, 3. Ad. Corneli.

(5) Jul. I. *Epist.*, I.

(6) V. *Concil. Chalced.*, act. I y VII.—Ciprian. l. III., ep. 45. Ad Steph.—Theodoret. *Hist. eccl.*, V, 23, etc., etc.,

(7) Gelas. *Epist.*, I.—S. Greg. I. l. XII, ep. 31.

(8) *Concil. Sardie.*, c. IV.

(9) V. Cruice, *Hist. de l'Egl. de Rome, de l'an 192 à 224.*

(1) Bossuet. *Quinta advertencia á los protestantes.*

(2) *Ingenit totus orbis et arrianum miratus est se esse.* Dial. adv. Luc., c. 49.

igual modo que le prestaban obediencia todas las sedes de Africa, de España y de las Galias.

II.

En la antigüedad cristiana se dieron diferentes denominaciones al Sumo Pontífice; todas ellas expresaban de un modo más ó ménos directo la primacía que en todas épocas le fué reconocida sobre la Iglesia católica universal. Hé aquí algunos de estos nombres, los más principales: Soberano Pontífice y obispo de los obispos (1); padre de los padres, elevado á la cumbre del edificio apostólico (2); Pontífice de los cristianos (3); pastor y guardian de los rebaños de Cristo (4); piedra fundamental de la Iglesia (5); cabeza ó jefe de la Iglesia (6); jefe de toda fé (7); prefecto gobernador de todo el universo, jefe de la familia de Cristo (8); gran sacerdote y Papa universal (9); brillante de la dignidad del principado pastoral (10); el primero de todos los sacerdotes (11); apoyo y sosten de la Iglesia (12); presidente de la Iglesia (13); reconocido por todas las naciones como intérprete del bienaventurado Pedro (14); señor de todo el universo (15); supremo padre (16); padre santísimo (17); piedra y ornamento de la silla de Pedro (18); primer predicador de la Iglesia (19); vicario de los apóstoles sobre la sede del bienaventurado Pedro (20); guardian de la fé (21); piedra fundamental de la Iglesia católica (22).

En el Concilio de Florencia, los griegos expresaron su sentir, respecto á la primacía del Pontífice romano, en la forma siguiente: «Nosotros confesamos que el Papa es el soberano Pontífice, vicario de Cristo, pastor y maestro de todos los cristianos, hallándose revestido del derecho de administrar la Iglesia de Dios.» Innumerales testimonios de padres y de Concilios, así como los monumentos más importantes y sublimes de la historia eclesiástica, concurren á establecer esta verdad fundamental de la supremacía que ejerce la Santa Sede del primer apóstol sobre los restantes. Pero el desarrollar estas pruebas no compete á nosotros en este momento; antes bien pertenece al dominio de los teólogos y canonistas.

- (1) Testall. De pudicit. I.—Act. S. Sebastian.—Concil. Carthag. ap. S. Ciprian.
- (2) Steph. Carthag. Epist. ad Damas. papand.
- (3) Euseb. Chronic. an. XLIV.
- (4) Ambros. Epist. LXXXI. Ad. Siric.
- (5) Hieron. Epist. ad Damas.
- (6) Concil. Chalced. cp. ad S. Leon.
- (7) Philipp. legat. Coelestin. PP.
- (8) Chrysost. t. VI. edic. de Paris, p. 282.
- (9) VIII Synod. ad Hadrian.
- (10) Theodor. Studit. I. I. cp. 33. Ad. Leon P. P.
- (11) Hilar. In synod. Rom.
- (12) S. Isidor. De vit.
- (13) Augustin. I. I. Contr. Julian. c. 6.
- (14) Concil. Chalced. loc. laud.
- (15) Chrysost. hemil. ultim. Ad Joan.
- (16) Episc. German. Ad Joan. VIII.
- (17) Alsessin. Epist. ad Hadrian.
- (18) Theodor. Studit. Epist. ad Paschal P. P.
- (19) S. Greg. Moral. XIII. 8.
- (20) Luitfrand. Vit. Othman. I.
- (21) Petr. Chrysolog. Serm. CVII.
- (22) Concil. Chalced. act. I.

III.

Ocupémonos ahora en buscar la etimología de la palabra Papa. Segun la opinion más generalmente admitida, proviene este nombre de la abreviatura latina PA. PA., esto es, *pater*, *paterum*, que en romance significa «padre de los padres.»

Algunos autores no ven en ese dictado más que la trasformacion latina de la voz griega *πάπας* ó *παππας*, que tambien quiere decir padre, y expresa la paternidad espiritual que el sacerdocio cristiano ejerce para con los fieles. La antigüedad lo atribuía indistintamente á todos los prelados, y aun á los presbíteros y clérigos de orden inferior, sobre todo entre los pertenecientes á la Iglesia griega. San Gerónimo, en su epístola á Pammachio, designa con el nombre de *papas* á Juan, obispo de Jerusalem, y á Epifanio, que lo era de Chipre; y los escritores sagrados de los primeros siglos ofrecen multitud de ejemplos análogos. Prudencio (1) da igual calificación al obispo Valerio en su himno al martirio de San Hipólito que le remitió:

Rorantes sexorum apices vide, optime papa.

Lo mismo sucedía en otros países, sobre todo en las Galias. Fortunato (2) suscribe así una carta dirigida á Eufonio, obispo de Tours: *Domno sancto, et meritis apostólico domno, et duplici patri Euphronio papæ, Fortunatus.* «Al santo dueño, señor apostólico por sus méritos y doble padre Eufonio, papa, Fortunato.» El mismo poeta (3) da la calificación de papa al obispo Leoncio en un documento que le dirigió para felicitarle por su celo en restaurar la basilica de San Eutropio en Saintes:

Quantus amor Domini maneât tibi, papa Leonti.

¡Cuánto amor del Señor hay en tí, papa Leoncio (4)!

Del mismo modo se designaba papas á los simples sacerdotes que, por su parte, son los *padres* de los pueblos. El presbítero Fronto fué llamado así en las actas de San Teodoro de Ankyra (5). Las actas de San Julian y de Santa Basilisa, que padecieron el martirio en el siglo IV, dan tambien el nombre de *πάπας* á un sacerdote llamado Antonio (6). Mabillon (7) hace notar que se otorgaba este calificativo á los presbíteros en las actas de San Mamaro y otros mártires de Africa. Entre los griegos sirve este mismo dictado para designar á los obispos y á los sacerdotes; pero con una pronunciacion y acentuacion diferentes; por ejemplo: *πάπας* se llama á los primeros y *παπάς* se usa respecto á los segundos. Poco á poco fué haciéndose esten-

- (1) Peristeph. XI. vers. 127.
- (2) Opp. part. I, pág. 3.
- (3) Ibid. pág. 19.
- (4) V. etiam. Greg. Turon. Hist. I. II, 27 X. 1.—Anastas. Collat. V. Maxim. M. p. 116, etc.
- (5) Ruinart. p. 304, edic. Veron.
- (6) Id. Act. select. p. 364.
- (7) Analect. IV.

sivo á los clérigos inferiores el repetido dictado en la Iglesia griega, de tal modo que un lector aparece llamado papa en una *novela* ó constituciones de Alejo Comneno.

Limitóse algun tanto esta estension más adelante, hasta el punto que en una época, no fácil de fijar en este momento, quedó el título de *papa* reservado exclusivamente al Pontífice romano, privando de él á todos los prelados, principalmente en la Iglesia latina.

El primer ejemplo que tenemos de haberse otorgado por antonomasia el título de Papa al Sumo Pontífice, consta en las actas del Concilio celebrado en Toledo en 403. Desde entonces acá son más frecuentes los casos, viéndosele calificado así en los autores del siglo VI (1). Entre otros citaremos á Enodio, San Avit, Cassiodoro, Liberato, etc.

Antes de esto el nombre de papa, así para el soberano Pontífice como para los demás prelados, solo significaba una muestra de respetuoso afecto filial que les tributaban los fieles; por eso el diácono Severo llama así en una inscripcion funeraria á San Marcelino, que regia la sede apostólica en tiempo de Diocleciano, con cuyo permiso habia labrado un panteon con *arcosolia* y *lúmina* para su propia sepultura y la de sus parientes: *JVSSV PAPE SVI MACCELLINI* (2). Más tarde vemos á un Filocalus denominarse amigo y familiar de su papa Dámaso: *DAMASI SVI CVLTOR ATOVE AMATOR* (3).

Para obtener noticias más amplias acerca de este punto, puede el curioso lector consultar los autores citados y acudir á las obras siguientes, seguro de hallar en ellas todos los datos que apetezca y otras particularidades interesantísimas: Onnophr. Panvin. *In voc. ecclesiast. interpret.*—Baron. *In not. ad martyrol.* passim.—Abraham Echellens. *Comment. de origine nominis papæ.*—Aug. Rocca. *De roman. pontificis nomenclatura.*—H.

EL PADRE ISLA, RETRATADO POR SÍ MISMO.

(Continuacion.)

Harto más llegaban á lo íntimo del alma al padre Isla los frecuentes padecimientos de su hermana: «De buena gana, la dice, partiría contigo mi robustez; porque, aunque no me sobra mucha, ménos me bastaría para mis tareas ordinarias y extraordinarias... Me consuela poco la mejoría de María Francisca por las mismas razones que á tí (habla con su cuñado)... Lo que puedo asegurar es que cada vispera del correo de Galicia es para mí un pervigilio, y cada día un sobresalto, temblándome la mano y el corazón siempre que abro tu pliego. ¡Hija mía! No tie-

- (1) V. Benedicto XIV. *De synod. diocces.* I. I, c. 3, n. 4
- (2) V. de Rossi. *Inscr. t. I. Prolegom.* p. CXV.
- (3) Id. *Ibid.* p. LVI.



Monseñor Antonelli.

Monseñor Merode.

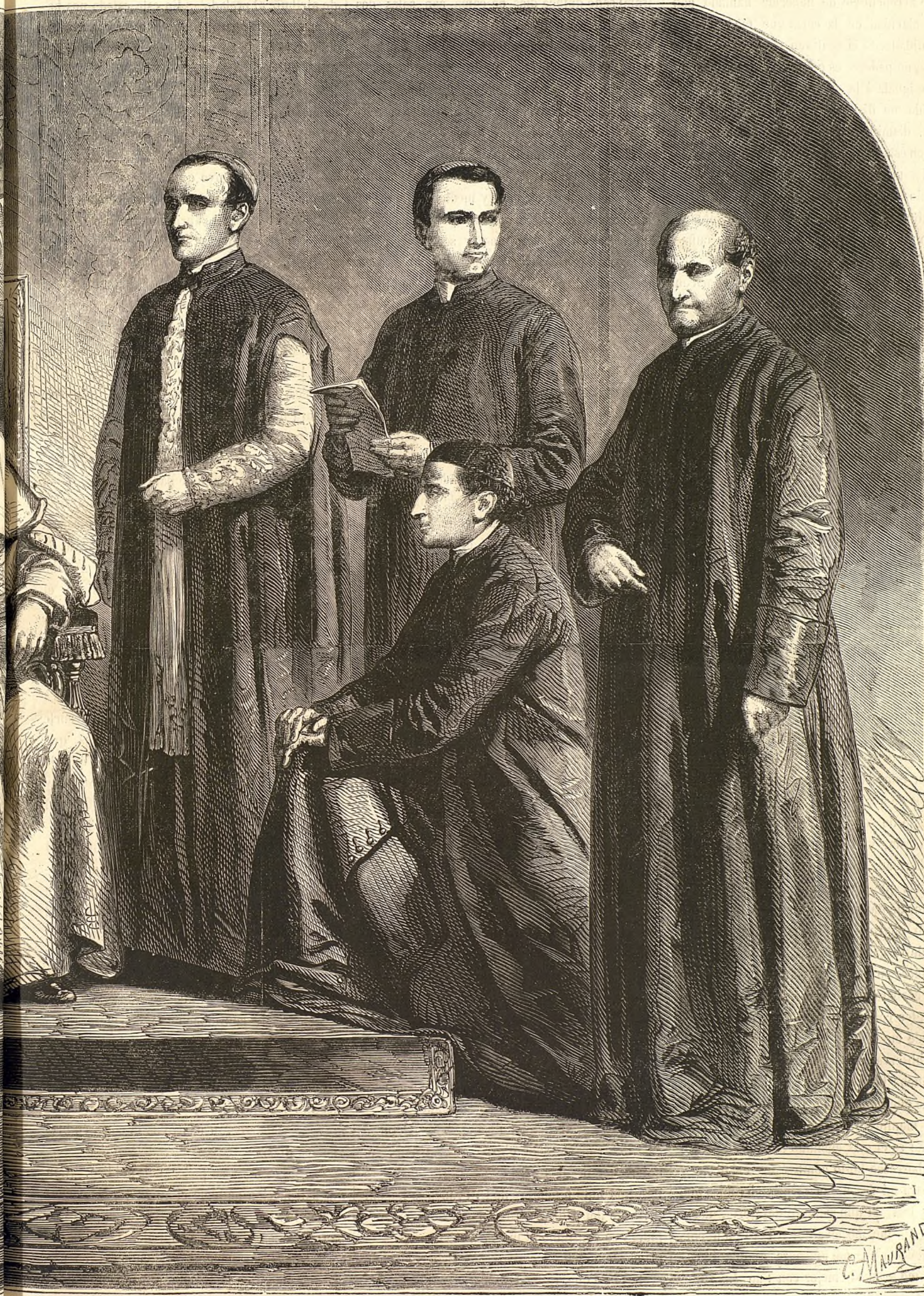
Monseñor Ricci.

Monseñor Borromeo.

Monseñor Talbot.

EL PAPA Y SUS PRIVADOS.

Ayuntamiento de Madrid



Monseñor Pacca.

Monseñor Cenni.

Monseñor Stella.

Monseñor Hohenlohe.

nes que arrepentirte de haberme hablado con aquella claridad en la carta que me puso en tanto cuidado. Si el continuo en que me tiene tu perpétuo padecer es capaz de algun consuelo, ninguno iguala á la seguridad de que ni tú ni tu marido me disimulareis las novedades que ocurran, disminuyéndome la verdad de ellas; porque en esta confianza solo trago el cáliz de la realidad y no el de la aprension, que sobre ser más copioso, suele ser más amargo.»

Permíteme, lector benévolo, que te copie aquí un trozo algo más largo de una carta á su cuñado, que bien merece la pena de ser leído. «Ni aun corazon tengo para sentir todo el dolor con que quedo por el lastimoso estado en que contemplo la salud y aun la vida de esa amadísima hermana mia... Mi único consuelo es que, si Dios se la lleva, tambien me ha de conceder la gracia de que la siga, porque, en lo natural, no podrá ser otra cosa; y si el Señor quisiere que la sobreviva para castigarme más, aprenderé mejor la importantísima leccion de que en este mundo no hay más que calamidades y miserias. No me quejo de que su grande entendimiento se hubiese cegado tanto que se abandonase absolutamente al arbitrio de un hombre ignorante y presumido, de cuya ignorancia y presuncion se lloran en este reino efectos tan funestos. Tampoco me quejo de que en este particular hubiese hecho tan poca estimacion de mi dictámen ni de mis amorosos ruegos. Sé muy bien hasta dónde llega la vehemencia de un deseo, y más en un genio tan eficaz y tan activo como el de esa pobre niña. Mucho ménos me quejo de tu condescendencia y del sacrificio que hiciste á las cavilaciones del mundo. En suma, de nada me quejo, por estar bien persuadido de que todos los medios de que se vale Dios para sus fines caen debajo de su adorable providencia. Adórola, venérola, y dejo en manos de ella á mi querida hermana. Solamente quisiera suplicarte y merecerte que no permitieses á los médicos que la atormentasen más, ni mucho ménos que ese infeliz charlatan volviese á atravesar las puertas de tu casa. Mátela Dios, que la crió, cuando fuere su santísima voluntad, pero no la mate un bárbaro, que solamente siéndolo puede prometer con tanta seguridad lo que solo Dios puede cumplir.»

Como observarán los lectores por este trozo, no era mucha la fé que el padre Isla tenia en la ciencia de curar, como ahora se dice. En otras cartas lo manifiesta igualmente con toda franqueza: «No es él más enemigo de cama que yo, pues la aborrezco tanto como á los médicos; y no hay para mí dos horas más intolerables que desde las tres, en que siempre despierto, hasta las cinco, en que me levanto... Pero, sin embargo, siempre que me amenaza alguna indisposicion, me acomodo mejor con San Lino que con San Cosme y San Damian, y tal vez he

trampeado quince días de cama con solas dos horas.»

«Ruégote encarecidamente, aconseja á su hermana, que dejes á Dios la cura de tu buena ó mala cabeza; desengañándote de que solo este Señor podrá darte robustez cuando fuere su santísima voluntad, sin que debas esperar de los médicos más que martirios y nuevos estragos en toda tu natural constitucion. Dame este consuelo... y no uses de médicos y medicinas sino en aquellas enfermedades agudas y ejecutivas en que lo manda la ley de Dios, y seria temeridad el dejar de practicarlo.» Hablando de un médico portugués, dice á su cuñado: «vuélvete á suplicar con el mayor encarecimiento que solo le admitas en tu casa para la conversacion, mas no para otra cosa...»

En el campo, en el ambiente perfumado por las flores es donde nuestro jesuita hallaba y quería que los demás buscasen la salud del alma y la del cuerpo: «Hija: buenos paseos, buenas arboledas, buenas diversiones y buenos dias sosegados te dé Dios, en compañía de esa señora amiga tuya... Hazte golondrina de otoño, y no pienses volver á Santiago hasta que haya peligro de que las nieves cierren el camino. Este es el máximo de los remedios, y para mi gusto un buen baño de aldea vale más que todos los malos baños del mundo. Por algo estoy tan gustoso donde estoy, burlándome tanto de los que viven en el tumulto, como ellos se compadecen de los que habitamos en el campo; y es que no se hizo la miel para paladares insulsos. Esto y una moderada dosis de Nicolás, que no te faltará todas las semanas, mientras estés en estas cercanías, es lo que te conviene, y deja que el prusiano se desespere, que al moscovita le descalabren, que toreen al inglés, que la archiduquesa triunfe, y que el francés se pasee por donde quisiere. Lo mismo, á proporcion, se te ha de dar de padres, hijos, hermanos y cuñadas; con cuyo soberano remedio verás cómo engordas igualmente por todas partes, y se te acabarán los tumores, ménos aquellos que Dios enviará cuando fuere su voluntad.»

Si fuera parte de mi propósito examinar la historia de la publicacion del *Fr. Gerundio de Campazas*, en las cartas familiares que vamos recorriendo, pudiera hallar no pocos datos. Pero mi objeto no es hablar de aquella obra, sino presentaros al autor retratado por sí mismo, y solo copiaré las frases que á esto conduzcan:

«Hoy estoy lidiando, dice á 7 de Octubre de 1757, con el señor obispo de Palencia. No quiere dar licencia para que *Fr. Gerundio* se imprima aquí á nombre de D. Francisco Lobon, hermano del padre Pedro, á cuyo sobrescrito se pidió y se consiguió el privilegio del rey para el primer tomo, y los sucesivos, alegando el ridículo pretesto de que, saliendo la obra en nombre de un súbdito suyo y párroco, los frailes se la han

de atribuir al prelado... En este estado nos llamamos. Él no cejará; pero yo le eché la bravata de que si la obra no se imprimía aquí, se imprimiría en otra parte donde no fuese necesaria su licencia... Esto se lo doré con mucha cortesanía; de modo que puede rabiarse, pero no puede quejarse...»

Segun las cartas siguientes, el obispo no cedió, y la bravata tuvo que llevarse á cabo, imprimiéndose el libro en Madrid. «Mañana vuelve á Madrid el original rubricado, y allí se imprimirá mucho mejor y mucho más antes que aquí... El original, revisto y rubricado por el secretario del consejo, es el de mi letra, y por este se ha de hacer precisamente la edicion... Se ha ofrecido á corregir la impresion uno de los religiosos más hábiles y más autorizados que tiene la corte.»

Todos los cuidadosos desvelos del autor que prepara la impresion de un libro, su placer al mostrar á su familia uno por uno los pliegos que van saliendo de la prensa, todas sus esperanzas, todo su orgullo de padres, que hijos son tambien al cabo los productos del ingenio, todo eso se va descubriendo en las cartas del padre Isla á su cuñado. «Ahí van las primeras muestras de la que llamas apetecida obra, sacadas á mano para la correccion, y no en la prensa ni en el papel en que ha de salir, que será más fino y batido con el mazo, lo que promete una bellísima impresion.» Anúnciale luego que D. Agustin Montiano habia escrito un elogio de la obra, y que «saldrá con muchas campanillas parecidas á esta, porque los primeros hombres de la corte se han espontaneado á honrarla.» Despues, que ya tiene en su poder quince pliegos, y que le enviará el primer tomo «para que logres muy anticipadamente el gusto de leerle; pero con el exactísimo recato de que nadie le vea ni le huelá, sino padre, tú y María Francisca, pues si el severísimo juez de imprenta que tenemos llegase á entender que se habia divulgado algun tomo antes de la formalidad de presentarse en el Consejo para la tasa y fé de erratas, echaria sin duda toda la ley al impresor, y él mismo se echaria sobre toda la impresion. Este punto está hoy muy delicado, y es menester observar hasta los ápices.» A continuacion le sonríe la esperanza de que «no tardarán en Madrid un punto en echarle á volar, porque son imponderables los clamores de todos, altos y bajos,» y la de que «los mil y quinientos ejemplares que se imprimieron desaparecerán dentro de la corte en brevísimos dias.»

Ya está la obra en poder del público. ¡Con qué satisfaccion anuncia el autor que en ménos de una hora «se vendieron trescientos que estaban encuadernados: los compradores se echaron como leones sobre cincuenta ejemplares en papel que vieron en la tienda; á las veinticuatro horas ya se habian despachado ochocientos, y

empleados nueve librereros en trabajar día y noche, no podían dar abasto: de manera que, según me escriben, hoy no habrá ya ni un solo libro de venta, consumida toda la impresión y precisados á hacer prontamente otra, para cumplir con los clamores de Madrid y con los alaridos que se esperan de fuera.» El rey pidió el libro y lo leyó con demostración de gozo; la reina hizo llevar á su cuarto todas las obras del padre Isla; llovían sobre los librereros y hasta sobre el juez de imprenta los pedidos para la segunda edición, y por circular se disponía que nada se imprimiese contra la *Historia de Fr. Gerundio* sin aprobación previa del consejo. Después de contarnos en familia tan extraordinario éxito y el casi igual que obtuvo en París, ¿no perdonaremos al autor si, en un arranque de familiar vanidad, nos dice que «disputarán las naciones si deja ó no deja atrás al famoso *D. Quijote*?»

No me detendré más tiempo en haceros conocer los malos ratos que al padre Isla proporcionaron, mezclados con estas satisfacciones, la denuncia del *Fr. Gerundio* ante el Santo Oficio y los muchos folletos publicados contra la obra. A los que escriban la historia de esta pertenece examinar tales datos más bien que á mí; pero no por eso dejaré de deciros que al hablar de sus detractores nunca manifiesta señales de rencor ni deseos de venganza. Lejos de eso, una vez anuncia á su cuñado que no quiere leer cierto escrito por no destemplarse y perder el tiempo en responderle; y otra, que no sabe si contestará á otro, obra de sujetos con quien «tengo, dice, conexiones que me obligan á tratarlos con blandura, aunque en algunos pasajes no la gastan ellos, y se olvidan con exceso de los motivos que los asisten también para que me hubiesen tratado de otra manera...»

En cuanto á la denuncia del libro ante el Santo Oficio, parece que no le importaba al autor gran cosa; pero no ciertamente porque tuviese mucha confianza en el fallo favorable del tribunal, sino porque había logrado buena acogida entre sus hermanos de religión.

«Eso de desdoro personal, aunque la Inquisición recoja el libro, es bueno para que lo piensen los entendimientos del ínfimo vulgo: el tuyo, gracias á quien te lo dió, es muy superior aun á los que son de clase más elevada, y es lástima que se haya dejado teñir de una aprensión tan ajena de su despejo. Dentro de las paredes domésticas, nada he tenido ni tendré que sufrir, porque los que podían darme algo más que padecer son los que más elogian la obra. Majaderos y envidiosos en todas partes los hay; pero estos no hacen más que número en el comercio de la vida humana. En fin, este negocio pide más oraciones que palabras: aprieta á Dios con las tuyas, y dejémonos serenamente en sus manos...»

El suceso que tendrán en el Santo Tribunal

sus descompuestos alaridos es muy dudoso: los más me dan buenas esperanzas; pero ya soy viejo, y no me calientan pronósticos alegres hasta que los vea cumplidos.

Sesenta mil enemigos, por lo ménos, que están aullando continuamente, sin que les falten auxilios de pelucas muy autorizadas, y aun de algunas mitras con capilla y sin ella, no son antecedentes para inferir con demasiada seguridad felices consecuencias. Es cierto que el partido contrario es incomparablemente más numeroso y de mucho más elevado respeto; pero como no levanta tanto el grito, porque el gusto nunca hace chillar tanto como el dolor, es de temer que no se le considere tan interesado como realmente lo esté por la razón y la religión. En suma, yo ni desespero ni confío, salvo la confianza que tengo colocada solo en Dios, cuya causa me parece que defiende.»

Nuevo motivo dió la publicación del *Fr. Gerundio* para que los amigos desearan ver en la corte al padre Isla, y nuevo motivo á este para manifestar su aversión á tal viaje. «Cada día son mayores las instancias de grandes personajes para que pase á Madrid; pero, por mi gusto y elección, primero iré á galeras...»

¿No te parece, caro lector, que con los trozos que dejo copiados se forma perfectamente un retrato del padre Isla? ¿No te parece conocer ya como si le hubieras tratado al buen religioso, siempre con la risa en los labios y la tranquilidad de alma en el corazón, modesto, amante de su familia y dedicado á los deberes de su estado y al estudio?

¿A qué hojear más la primera parte de su correspondencia? No encontraremos otra cosa que interioridades de familia, que solo servirán para confirmarnos en la idea que hemos formado de su carácter.

Aquí reprende cariñosamente á su cuñado por el regalo que le hizo de un bastón: «Yo, cierto, había consentido que era caña de pescar; porque, ¿cómo había de pensar que tú y tu marido fuésteis tan locos que regalásteis á un fraile con un bastón de capitán general, que solo me puede servir para hartaros á los dos de palos por el disparate? Pero á bien que teneis muy lejos las costillas... Si deseabas que el bastón me serviese, ¿por qué no le quitaste el puño de plata y le pusiste uno de cuerno? Ahora solo te falta que me regales una sortija de diamantes con un lazo que sirva de cuerda para el sombrero...»

Allí le vemos consolando á su hermana porque no dieron al marido de esta un destino que le correspondía: «Estoy moralmente cierto de que los ministros ni querían ni pensaban en otro jefe de esa renta que en tu marido; pero Dios pensó en otro desde la eternidad. ¿Nos atreveremos á quejarnos? La justicia que con esta ocasión han hecho todos al mérito de Nicolás, vale

más que todos los empleos. Lejos de haber perdido en el concepto universal por no haberle logrado, ha adelantado muchas estimaciones y se ha renovado la memoria de sus prendas...»

En una parte le felicita por haber conseguido al fin el destino: «En conclusion, eres administrador general sin haber gastado dinero en partes, ni haber dado paso alguno que no te aprobase la religión y la hombría de bien... Los de este colegio brindaron todos á tu salud el domingo pasado á medio día, en que les dispuse un bocadillo de lo que da la tierra; y los novicios te encomendarán mucho á Dios, porque también les ha tocado algo de la fiesta. Yo no cesaré de hacerlo, pidiendo á Su Majestad te asista para que le sirvas de administrador como le has procurado servir de puro tesorero... Mi dictámen sería que se llevase Dios y los pobres toda la parte del agradecimiento que corresponde á la profusión, y que los demás se contentasen con lo que basta para evitar la mezquindad.»

En otro lugar exhorta á su hermana á la resignación: «Ya me considero sin más hermanas que tú, y aun sin tí me consideraré presto si mides tu dolor por tu corazón y no por tu entendimiento y por tu piedad. Cuando no mires por tu vida, atiende á la de tu marido y á la mía, que dependen de ella. Si el Señor se hubiese llevado para sí á las dos chicas, mejor están en su compañía que en la de su hermano. Considera los trabajos que en lo natural las esperaban, y las tendrás más envidia que lástima. Prenda mía, haga su oficio la naturaleza; pero haga principalmente el suyo la religión. Los delirantes miedos de nuestra amada Antolina de que se condenaba sin remedio, aun en el delirio acreditaban su corazón tímido. ¡Ay de aquellos que no temen condenarse! y ¡dichosas las almas que viven siempre con este santo temor!»

Dejemos ya, pues, al padre Isla en su tranquilo retiro de Villagarcía, y vamos á estudiarle en la segunda parte de su existencia, más miserable y desgraciada; pero antes oíd por despedida otra carta que la anterior me hace recordar, y que bien merece oírse: «Amigo mío: Perdió Vd. un gran padre. Para esto no hay consuelo. Era un gran cristiano. Llore Vd. ahora su eterna felicidad. El día que se bautizó le llamaron Félix: el día que se murió comenzó á serlo. ¿Se atreverá Vd. á sentirlo? Pero la naturaleza... Pero la naturaleza debe ser esclava de la razón y de la gracia, y le vendrá muy ancho. Ofrezco por el difunto y por Vd. mis sacrificios, que aunque sean míos valen infinito. Busque Vd. quien le ofrezca más.»

JOSÉ GONZÁLEZ DE TEJADA.

LAS CAMPANAS.

Sonad, sonad, voces metálicas, desde el humilde campanario de la ermita, ó sobre la cúpula soberbia de templo suntuoso. Ya atroneis con magnífico estruendo las ciudades; ya oiga á lo lejos vuestro apagado tañido, mi corazón se estremecerá siempre al escucharos.

Vuestro lenguaje sonoro me es familiar; es el idioma de todos los cristianos. Hay en él acentos de alegría, de júbilo supremo, de tristeza, de oración, de cólera también y de venganza.

Cuando el viajero extraviado cruza por valles y montañas, sin saber en qué parte del mundo se encuentra, huyendo de la naturaleza que parece deshabitada, y temblando al escuchar el ruido de las fieras, si distingue á lo lejos varias figuras humanas que trepan de risco en risco, hablando palabras extranjeras, se detiene y se oculta receloso. Dudando está entre la aspereza de la tierra que hiere sus plantas, y el calor que le sofoca, y el hambre y la sed que le atormentan ó la acogida de hermanos que acaso le desconozcan, que hagan tal vez festín de su cuerpo fatigado. Pero si el viento trae desde lejos el sonido vibrante de una campana, exclama lleno de gozo el viajero: «¡Ya estoy salvado!»

Yo recuerdo el placer con que escuchaba en la cuna la música majestuosa de vuestros cóncavos metales. Como los de la tempestad, me parecían sonidos que llegaban á mí desde las nubes.

Vosotras, hermanas del aire, anunciásteis á toda una población que había un cristiano más, cuando el sacerdote vertió sobre mi cabeza el agua bendecida y solemnizásteis mi bautizo. Mi madre, llena de gozo, debió verter una lágrima desde el lecho en que yacía.

Mi corazón os lo agradece, mensajeras de la dicha.

¡Cómo repican las campanas en la torre blanqueada de la iglesia! Los labriegos comprenden aquel toque alegre, y se aproximan al templo. Las mozas y los jóvenes del pueblo acuden en tropel á presenciar la ceremonia.

Felices los que van á ver cumplidos sus deseos: aquellos por quienes las campanas suenan con tal alborozo. Ellas pregonan la bondad con que Dios acoge sus lícitos amores: la ternura humana en el límite de los deberes, consagrada por un sacramento, santificada por la Iglesia.

Huid, amores profanos, goces satánicos é impuros, huid al sonido casto de las campanas que dan fé del matrimonio. Estremecéos de placer, doncellas pudorosas, que sentís en vuestro corazón suaves latidos. También se puede amar sin que haya de encender vuestras mejillas el color de la vergüenza.

En los días festivos, cuando el católico se dispone al cumplimiento de un deber ineludible,

oye una voz cercana que le anuncia ha llegado el momento de comenzar el santo sacrificio. Los que estais privados de los favores de la fé, los que teneis árido el corazón y nublada de dudas la conciencia, no profaneis el templo. Dejad á los católicos humillar su frente sobre las frías losas de la iglesia, dejadlos arrodillarse en un suelo sembrado de tumbas, ante una cruz que recuerda á los hombres el más horrible de sus crímenes. No perturbeis con vuestras miradas la dulce calma de la honrada esposa, la tranquila conciencia de una virgen.

Dejadlas orar.

Decid, campanas, decid á los fieles que el sacerdote va á leer el Evangelio.

Un toque lento y acompasado suena en el campanario. Las gentes se estremecen; tal vez le escucha con religioso terror el moribundo. Al toque de la campana sucede poco después otro en las calles, también acompasado y argentino: al escucharle todos se descubren, todos se postran. ¡Silencio! es el Viático.

La Iglesia va á hacer á un hombre su última visita.

¿Qué mano airada agita la cuerda de las campanas, cuyos golpes precipitados y coléricos atruenan las ciudades y proclaman el exterminio? A su sonar impetuoso, á su impaciente clamoreo, los hombres se apoderan de las armas y la muchedumbre se amolina y ruje entusiasmada.

¿Quién toca á rebato? ¿Quién atiza la hoguera de los crímenes? ¿Quién ha convertido en instrumento de guerra las campanas?

Cesad, cesad, inícuos agitadores. Tened el brazo sacrilego, que hace nuncio de muerte y de venganza, lo que solo ideas de perdón debe inspirarnos.

Paz á los hombres.

Ha llegado el día de difuntos.

Todas las campanas de todas las iglesias de la cristiandad tocan á muerto. La madre acude á rezar en la tumba de su hijo, á llorar en la de su esposo. Los hijos ruegan por sus padres. Todas las pérdidas recientes se recuerdan, se lamentan, entristecen el ánimo como el día en que sucedieron. Se coronan de flores las sepulturas, se encienden luces por todas partes, se dicen misas, se cantan responsos, se vierten lágrimas.

Y las campanas no cesan de tañir.

Pero los muertos que no dejaron hijos que los llorasen, ni amigos ni parientes, los que abandonaron el mundo en otros siglos, esas generaciones que pasaron, padres de nuestros padres, cuyos huesos ya no tienen ni aun sepulcro, cuya ceniza ha esparcido el tiempo por la tierra, y cuyos nombres se han borrado de la lista de la vida; esas almas olvidadas, como se olvidarán las nuestras, ya no tienen en el día de difuntos quien las llore ni teja coronas de siem-

previvas, ni recuerde sus virtudes. Espantoso abandono.

Pero no; todas las campanas de todas las iglesias tocan á muerto. Por el rico y por el pobre, por la virgen y la cortesana, por el bueno y por el malo, por todos los difuntos.

La Iglesia no se olvida de ninguno.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMON.

SANTA BÁRBARA.

I.

Arrastrados los hombres por el furor de sus pasiones, sirviendo acaso de instrumento á la ambición, ármense con todos los instrumentos de la muerte, y se avistan dos ejércitos en el campo de batalla.

Trábase la pelea: cortan el aire los proyectiles; caen los soldados; una niebla de humo enrarece la atmósfera y encubre aquella escena de matanza.

En una de las alturas del campo es más encarnizada la lucha: las cargas de caballería se suceden; hay un montón de cadáveres; truenan el cañón sin intervalo, y los hombres enfurecidos se disputan un palmo de terreno, antes abandonado, y en aquel instante erizado de cañones.

La batería se resiste: los enemigos rechazados vuelven á la carga con nuevo esfuerzo, con mucha gente, dispuestos á destruirla, y en aquel momento el artillero, inmóvil, con el rostro pálido y la mecha encendida, seguro de su perdición, y no teniendo el amparo ya de sus compañeros desbandados, invoca en aquel instante supremo á Santa Bárbara.

II.

La tierra guarda en su seno tesoros innumerables; la avaricia los busca, la industria los utiliza, el minero los riega con el sudor de su frente.

Hay un hombre privado la mayor parte de su vida de los rayos del sol; que trabaja en un subterráneo, á la luz de una linterna, cercado de peligros, es el minero.

Llega un día, en que del fondo de un pozo se desprenden gases deletéreos. Aquellas emanaciones, al contacto del aire, se inflaman, y una horrible explosión sepulta entre los escombros á los miseros trabajadores.

Y el minero, en su agonía, quiere sacar de su pecho una estampa de Santa Bárbara; las fuerzas le abandonan, y va á morir sin contemplarla. Pero la fé viene en su ayuda, y su pensamiento descubre, no ya un cuadro, una figura real, que descende con un cáliz á refrigerar sus labios abrasados.

¿Quién sino Santa Bárbara bajará á dar ese consuelo al minero moribundo?

Cuando silba la tempestad y el rayo nos amenaza, la devoción popular invoca á Santa Bárbara.

¡Salve, abogada del artillero, del infeliz que trabaja en el fondo de las minas y de los pueblos amagados por la tormenta!

Bendita sea la fé; bendita la religión católica, llena de verdad, de poesía y sentimiento.

P.

SECCION RECREATIVA.

EL ÁRBOL DE LA CIENCIA.

BOCETO

por

JOSÉ FERNANDEZ BREMON.

(Continuacion.)

Los que antes nos miraban con indiferencia y no se ocupaban nunca de nosotros; personas muchas veces desconocidas, desde el instante en que nos ven disfrutar el consuelo del cariño, se entretienen en sembrar recelos, en envenenar aquella dicha.

Sin embargo, doña Teresa esta vez se equivocaba. María del Amparo estaba triste por una carta de Federico, escrita con una frialdad tan razonadora, tan llena de dudas para el porvenir, que parecía hecha á propósito para matar sus esperanzas.

Dos días pasaron aun y Amparo continuaba en su melancolía, encerrándose á menudo en su cuarto y complaciéndose en la soledad. Doña Teresa empezaba á alarmarse seriamente con los progresos de aquel mal del espíritu, cuando una tarde llamaron á la puerta y se presentó una mujer hermosa, pero vestida humildemente, pidiendo hablarla á solas.

Doña Teresa recibió á la desconocida, que llevaba en sus brazos un niño de pechos. Un observador callejero hubiera conocido fácilmente el tipo de aquella mujer, á pesar de la humildad y compostura que en su traje y ademanes manifestaba. Pero la madre de Amparo no tenía tanto conocimiento de las gentes.

—Perdone Vd., señora, si me presento en su casa siendo desconocida para usted; pero una obligacion sagrada me obliga á dar este paso.

Y empezó á referir una historia, de la cual resultaba que habia sido seducida por Federico, suplicándola al final que impidiese los amores de su hija para no hacer la reparacion completamente imposible. Doña Teresa, convencida de la

gravedad del caso, creyó un deber de conciencia prometérselo; y apenas se hubo retirado aquella mujer, que era una embaucadora pagada por D. Carlos, la pobre madre se sentó al lado de María y la dijo con dulzura:

—Tú estás triste, hija mia.

María del Amparo quiso sonreirse, pero una lágrima indiscreta bañó sus ojos.

Doña Teresa estrechó en sus brazos á su hija,

—¿Pero dónde he de hallarle?

—La Virgen de la Soledad es madre de los afligidos.

—Madre, tiene Vd. razon; vámonos á la iglesia.

V.

Losada habia dicho á Federico, vendiéndose por un buen padre:

—Tengo seguridad de que el amor de Vd. es sincero, pero necesito saber si Amparo le corresponde por verdadera afeccion ó solo por pasatiempo, antes de proteger estos amores. ¿Quiere Vd. someterse á algunas pruebas?

—Ofende Vd. á su hija con esa desconfianza que yo nunca abrigaria.

—La edad, amigo mio, y el conocimiento del mundo. Cuando jóvenes, siempre creemos en algo y algunos creen en todo; pero, segun entran los años, se van modificando las ideas.

—Y se concluye por dudar de todo. ¿No es cierto?

—Precisamente de todo, no digamos, pero de mucho que creíamos infalible.

—¿Y duda Vd. de su hija?

—Dudo, es decir, no tengo la evidencia de que su amor sea cosa seria. Puede suceder, sin embargo, y eso es de lo que quiero cerciorarme.

—Yo creo hasta la evidencia en el cariño de Amparo, porque hace falta á mi felicidad y confio en sus promesas.

—Yo tambien creo que Vd. no la es indiferente; más aun, que le quiere á Vd. en este instante; pero como yo deseo para mi hija, no una dicha fugaz, sino una existencia venturosa, necesito tomar mis precau-

ciones, poner á prueba ese cariño, y la ocasion se me presenta.

Losada mentia con un aplomo que á cualquiera engañaba. Federico le dejó hablar, pero con inquietud: la duda es contagiosa y se requiere una gran dosis de conviccion y firmeza de ánimo para combatirla. Federico era débil de carácter.



SANTA BÁRBARA.

diciéndola con firmeza:

—Es preciso que le olvides.

—¡Ay, madre mia!

—Te lo ruego; hay un obstáculo que impide esos amores.

—¿Y qué será de mí entonces?

—Ya encontrarás consuelo fácilmente.

—He sabido que un pariente de Amparo, joven, y que posee una gran fortuna, ha pedido su mano. María lo sabe ya. ¿Le ha indicado á usted algo?

El joven recibió á pecho descubierto aquella herida traidora; vaciló un instante y respondió con lealtad:

—No me lo ha dicho.

—Eso nada prueba en último caso, repuso Losada como procurando tranquilizarle; pero el mal estaba hecho, y la sospecha existía.

—Sin embargo...

Los papeles se habían trocado: Federico, que antes defendía á María del Amparo, era el que ahora dudaba, y D. Carlos aparentaba disculparla.

—¿Quiere Vd. seguir mis consejos, Federico? Sabe Vd. el objeto que los guía, y comprenderá que son desinteresados.

—Haré lo que Vd. diga.

—Escriba Vd. á Amparo, no en los términos apasionados que Vd. usa, sino una carta razonada en que se manifieste lo escaso de su fortuna, el porvenir que unida á Vd. la espera, y autorizándola para concluir estos amores si no se conceptúa con fuerza suficiente para soportar todas las contrariedades de una humilde medianía. Si Amparo le quiere á Vd. verdaderamente y el ofrecimiento que la han hecho no la seduce, su contestación lo indicará de seguro; pero si está arrepentida de sus promesas, tomará de esa carta pretexto para concluir las relaciones.

Federico, celoso ya y desconfiado, accedió á la prueba escribiendo el billete que había causado tanta tristeza á María del Amparo. La respuesta fué tibia, porque la joven desconfiaba también de Federico.

Después sucedió lo que ya sabemos. Doña Teresa había prohibido á su hija toda relación con el joven.

Este escribió, y sus cartas no obtenían respuesta. Una criada le entregó todas las que había dirigido á María, y hubo de devolver las que en su poder tenía. D. Carlos fingió compadecerle, y se lamentaba del suceso.

Federico se hizo poco comunicativo, y su carácter áspero y taciturno.

En la sala de esgrima no hablaba con nadie, y pagaban el mal humor sus discípulos inocentes.

Se desahogaba á sablazos Federico.

VI.

Doña Teresa sentía el golpe cruel que había recibido María del Amparo, pero no desconfiaba del remedio, porque todo su cuidado maternal se redujo durante muchos años á fortalecer las ideas religiosas en el alma de su hija. Sabía perfectamente que para los dolores del cuerpo basta con el auxilio eficaz de la medicina, pero comprendía que la religión es el único bálsamo del

espíritu, y había preparado aquella inteligencia de niña para resistir el ataque febril de las pasiones. El padre que descuida la educación moral de sus hijos, y no escuda su corazón contra las contrariedades de la vida, proporcionándoles el consuelo de la verdad divina, los entrega indefensos á un mundo corrompido, donde todo tiende á herir su alma, que desligada de Dios y abandonada de los hombres, concluye por enviar el imbecil reposo de la materia.

Amparo, á quien su madre no había revelado todo su secreto, conservaba todavía algunas esperanzas. Creía que la oposición de doña Teresa se fundaba tal vez en la mediana fortuna de Federico, y como conocía el cariño que la profesaba aquella buena señora, calculaba posible enternecerla por medio de sus halagos.

Una noche, la pobre niña, calculando llegada la ocasión de aventurar algunas indirectas, se sentó al lado de su madre y la abrazó con esa zalamería que tanto gusta á los padres y con la cual los hijos suelen conseguir todos sus caprichos; pero notó que doña Teresa estaba más triste que de ordinario. Los ojos de Amparo, fijándose ávidamente en los de su madre, descubrieron en los de esta una lágrima que asomaba á pesar de los esfuerzos que hacía por reprimirla.

María se alarmó y renovó sus caricias.

—Estás llorando... la dijo conmovida, y quieres ocultarme lo que sucede.

Espanta la doble vista con que adivinamos las desgracias.

Doña Teresa no sabía mentir y la faltaban fuerzas para disimular en aquel instante. Conocía lo duro de la revelación que tenía que hacer á su hija; pero había adivinado con su instinto de madre las esperanzas que Amparo conservaba y era necesario destruirlas á toda costa.

—María, la dijo después de un rato de silencio; hace días te impuse una orden muy severa que obedeciste como buena hija, pero solo exteriormente. No has olvidado á ese hombre.

Amparo bajó los ojos: su madre parecía leer sus pensamientos.

—Al exigirte aquel sacrificio, no obré sino por motivos muy graves. ¿Tienes la suficiente resignación para escucharme? Lo que tengo que decir es muy doloroso.

Aquellas palabras, dichas con dulzura y solemnidad, helaron el corazón de María del Amparo: comprendió que no había esperanzas. Se reconcentró en sí misma, y después de vacilar algún rato, reuniendo todas sus fuerzas, respondió con triste energía:

—Estoy dispuesta á escuchar; no me ocultes nada; comprendo que no hay remedio posible.

Doña Teresa, con un tacto esquisito, procurando dulcificar todo lo que pudiese herir el corazón de su hija, la hizo comprender que Federico no podía ser esposo suyo.

María no dijo nada, pero la palidez de su rostro denunciaba un inmenso sufrimiento: se hallaba en uno de esos momentos de la vida en que duele el corazón y abrasa la cabeza, en que nos recreamos en el dolor, como para destruir la sensibilidad á fuerza de apurarla.

—No necesito más, dijo á su madre, y renunció al afecto, que era mi ventura; pero quiero saberlo todo, absolutamente todo, para quitarme cualquier pretexto de duda, si alguno puede quedarme todavía.

—No me atrevo.

—Esas palabras son para mí tan graves, que la realidad sería inferior á lo que mi imaginación inventa.

—En ese caso, lee este papel.

Y la madre entregó á María un segundo anónimo concebido en estos términos:

«Señora, si quiere Vd. convencerse de la verdad de mis pronósticos, acuda Vd. mañana á las ocho á la iglesia de San José, procurando no ser vista, y presenciara el casamiento de Federico.»

Aunque Amparo estaba suficientemente preparada, no pudo dominar un sacudimiento nervioso al contacto de aquella infame carta. Sus letras la parecían escritas con fuego por una mano diabólica. Cuando se hubo repuesto, exclamó con resolución:

—Iremos: este papel le calumnia.

—Doña Teresa nada contestó: la parecían naturales las palabras de Amparo.

A la mañana siguiente dos mujeres envueltas en sus mantillas entraron en una iglesia de la calle de Alcalá, arrodillándose en la galería de la izquierda, tras uno de los pilares. La más joven no apartaba su vista del presbiterio: la de más edad rezaba con gran recogimiento. Era una madre que pedía á Dios por su hija.

Por primera vez en su vida Amparo se encontraba en el templo dominada por ideas profanas. Estaba concluyéndose una misa de *requiem*, y no rezó un solo Padre Nuestro por el alma del difunto. El funeral concluyó, se apagaron las luces, se desarmó el catafalco, y solo quedaron algunos devotos arrodillados en algunos lugares de la iglesia.

Poco después el mismo altar donde el sacerdote envió la postrera bendición humana á un alma que acababa de abandonar el mundo, volvió á iluminarse: las luces que habían alumbrado el entierro iban á alumbrar un matrimonio.

Amparo lo conoció: se lo decían los latidos de su pecho.

Entró el sacerdote por la puerta que hay á la derecha del altar mayor, y tras el sacerdote una comitiva compuesta de seis ó siete personas, entre las cuales, á los ojos de la infeliz joven, se destacaba Federico. Estaba pálido y distraído, pero Amparo le veía alegre y satisfecho.

(Se continuará.)

SECCION POÉTICA.

ODA.

A FELIPE RUIZ.

(Fragmento.)

¿Cuándo será que pueda
libre de esta prision volar al cielo,
Felipe, y en la rueda,
que huye más del suelo,
contemplar la verdad pura sin duelo?

Allí en mi vida junto
en luz resplandeciente convertido
veré distinto y junto
lo que es, y lo que ha sido,
y su principio propio y escondido.

Entonces veré como
la soberana mano echó el cimienta
tan á nivel y plomo,
do estable y firme asiento
posée el pesadísimo elemento.

Veré las inmortales
columnas do la tierra está fundada,
las lindes y señales
con que á la-mar hinchada
la Providencia tiene aprisionada.

Por qué tiembla la tierra,
por qué los hondos mares se embravecen:
do sale á mover guerra
el cierzo, y por qué crecen
las aguas del Océano, y decrecen:

De do manan las fuentes,
quién ceba y quién bastece de los rios
las perpétuas corrientes:
de los helados frios
veré las causas y de los estíos:

Las soberanas aguas
del aire en la region quién las sostiene;
de los rayos las fraguas,
do los tesoros tiene
de nieve Dios, y el trueno donde viene.

¿No ves cuando acontece
turbarse el aire todo en el verano?
El día se ennegrece,
sopla el gallego insano,
y sube hasta el cielo el polvo vano:

Y entre las nubes mueve
su carro-Dios ligero y reluciente
horrible son conmueve,
relumbra fuego ardiente,
treme la tierra, humíllase la gente.

La lluvia baña el techo
envian largos rios los collados;
su trabajo deshecho
los campos anegados,
miran los labradores espantados.

Y de allí levantado
veré los movimientos celestiales,
ansi el arrebatado
como los naturales
las causas de los hados, las señales.

Quién rige las estrellas
veré, y quién las enciende con hermosas
y eficaces centellas;
por qué están las dos osas
de bañarse en el mar siempre medrosas.

Veré este fuego eterno
fuente de vida y luz do se mantiene;
y por qué en el invierno
tan presuroso viene;
quién en las noches largas lo detiene.

Veré sin movimiento
en la más alta esfera las moradas
del gozo y del contento,
de oro y luz labradas,
de espíritus dichosos habitadas.

FR. LUIS DE LEON.

CONFESION.

Señor; mira un gusano que se atreve
A llegar á tu cruz,
Más pequeño que el átomo más leve
Que entre millares de átomos se mueve
En un rayo de luz.

No osado eleva su mirada al cielo,
No en tu gloria te adora,
El águila hasta el sol alza su vuelo,
El vil insecto arrastra por el suelo,
Y desde allí te implora.

Piedad, Señor, piedad: marchita, hundida
En el polvo la frente,
Con lágrimas del alma arrepentida
Yo regaré el sendero de la vida
Si me escuchas clemente.

Yo ví el placer, Señor, le ví tan bello,
Tan radiante le ví,
Que sin mirar su abominable sello,
De tu bondad creyéndole destello
Loco tras él corrí.

¡Ay! ¿por qué si del vicio el pié resbala
En la pradera amena,
Ni una voz nos advierte que su gala
Es el perfume que la adelfa exhala
Y halagando envenena?

Perdon, Señor: la tempestad bravía
En mi pecho estalló,
Y el huracan de la pasion impía
La tierna flor de la inocencia mia
Desolador tronchó.

Yo la sentí morir: el postrer eco
De la débil virtud
Retumbó aquí en mi pecho, rudo, seco,
Como el que al dar en el sepulcro hueco
Produce un ataud.

¡Ay! entonces volví de mi letargo,
Sentí el alma desierta,
Sentí un tormento roedor, amargo,
Busqué mi flor... el sueño fué muy largo...
¡Mi flor estaba muerta!

Ví entonces mi maldad y temblé al verla,
Me horrorizó al pensarla,
Procuré de la mente desprenderla;
Y quien tuvo el valor de cometerla
¡No tuvo el de llorarla!

Señor, esta es mi vida: arrepentida
El alma á tí se lanza
En alas de la fé tras otra vida:
Vierte, Señor, en su reciente herida
Bálsamo de ESPERANZA.

SALVADOR MARÍA GRANÉS.

UNA TARDE EN MI VALLE.

¡Tarde horrible! El horizonte
la alta esfera negro velo
recubrió:
triste, oscuro estaba el monte;
triste el valle, triste el cielo,
¡triste yo!

En medio al cuadro sombrío,
de pavora todo acento
feneció:
mudo estaba el hondo rio,
muda el ave, mudo el viento,
¡mudo yo!

De la aldea á la cabaña
buscó un sér mi vista... en vano
le buscó:
sola estaba la montaña,
solo el bosque, solo el llano,
¡solo yo!

Y tras el negro horizonte,
solo el Poder Soberano
que hoy logró
que ni una flor guarde el monte,
ni una el bosque, ni una el llano,
¡ni una yo!

¡Ah! Del tiempo al honda saña,
seremos en este arcano
que Él formó,
polvo estéril la montaña,
polvo el bosque, polvo el llano,
¡polvo yo!!

EVARISTO SILLÓ Y GUTIERREZ.

A NUESTRO SANTÍSIMO PADRE PIO IX.

SONETO.

Brillas ¡oh Pio! en la moderna historia,
Como el sol del espacio en las regiones,
Y viene, de las célicas mansiones,
Cual sucesor de Pedro, tu alta gloria.

Un siglo al otro siglo tu memoria,
Llegará entre solemnes bendiciones,
Hundidas del Averno las legiones
Bajo tu planta en sin igual victoria.

De la Madre de Dios la pura frente
Por tí nos muestra el láuro soberano,
Que tu grey canta con amor profundo.

No temas, pues; que el rayo del Potente
Obedece á tu voz, y alza tu mano
El Cetro de los cetros sobre el mundo.

FRANCISCO RODRIGUEZ ZAPATA.

Sevilla 19 de Junio de 1867.

MISCELÁNEA.

Durante las fiestas del Centenar en Roma ostentaban las calles de la capital las siguientes inscripciones en honor del Sumo Pontífice, que pueden añadirse á las que enunciamos en otro lugar como tributadas en diferentes épocas á los sucesores de San Pedro:

«Pater Patrum.—Universalis Patriarcha.—Primatu Abel.—Patriarchatu Abraham.—Ordine Melchisedech.—Auctoritate Moyses.—Dignitate Aaron.—Judicatu Samuel.—Uctione Christus.—Sacerdotii sublime fastigium.—Orbis terrarum magister.—Summus omnium Præsulum Pontifex.—Religionis caput et honor.—Caput orbis et mundi.—In plenitudine potestatis vocatus.—Pastor Pastorum omnium.—Portus fidei.—Sacerdos magnus.—Potestate Petrus.—Claviger domus Domini.—Janitor Ecclesiæ.—Christi Vicarius et fratrum confirmator.—Apostolico culmine sublimatus.—Princeps Episcoporum.—Ecclesiæ summus Pontifex.—Caput orbis.—Hæres apostolorum.—Episcoporum refugium.—Vinculum unitatis.—Christianorum dux et magister.—Os Christi.—Vinæ custus dominicæ.—Ecclesiæ firmamentum.—Caput omnium Ecclesiarum.—Rex incomparabilis et pacificus.»

En nombre de la caridad escitamos el celo del Ilmo. señor director general de Establecimientos penales, para que procure mejorar la triste situación de los presos en las cárceles. Alguna de ellas hay en que á un detenido, gravemente enfermo, hasta el punto de administrársele la Eucaristía, ni una misera cama pudo ofrecérsele, debiendo á la piedad de los particulares el uso de un lecho donde hallara reposo su cuerpo.

Enhorabuena que al delincuente se le haga sentir el peso de la ley, que no quiere respetar; pero halle caridad en sus semejantes, que no por eso el criminal deja de ser prójimo.

La medalla de plata que el Papa repartió á los obispos al terminar la alocucion pronunciada en el Consistorio del 26 es magnífica, y ha sido acuñada por C. Voigt. Representa por un lado á Nuestro Señor Jesucristo y á los dos príncipes de los apóstoles, Pedro y Pablo, apoyados sobre la cruz de la espada, instrumento de su martirio. Nuestro Señor los corona. Alrededor de la medalla se encuentran grabadas estas palabras: *Princeps Apostolorum, Doctor gentium*; y más abajo estas otras: *Isti sunt triumphatores et amici Dei*. En el anverso se lee la siguiente inscripción:

PIO IX.
Pontifice Maximo
III. kal. jul. an. chr. MDCCCLXVII
secularia solemnia in urbe acta
ab triumphalis memoriam diei
qui Petrum Apostolorum Principem
et Paulum doctorem orbis terrarum
victores celo intulit
Domineque gentium Romæ
nomen et gloriam adservit
matris et magistre
omnium populorum

El número de ejemplares de esta medalla se eleva á ochocientos mil.

Al dar las gracias Su Santidad á los obispos que han acudido á la Ciudad Eterna, con motivo del Centenar de San Pedro, les manifestó que se complacía en ver que habian acogido su deseo de convocar un Concilio ecuménico, el cual *queria abrir el día sagrado de la fiesta de la Inmaculada Concepcion de la Virgen María*.

El Catolicismo hace rápidos progresos en Ginebra. El año último pidieron los católicos inútilmente facultad para fundar dos iglesias; pero el número de fieles de todas clases y edades ha aumentado tanto, que el gobierno no ha podido menos de darles la autorización que el año pasado les negó. Sabido es que en aquel canton suizo existe la anarquía religiosa de una manera inconcebible; el protestantismo reina en todas sus manifestacio-

nes, y además hay cismáticos, judíos y musulmanes; pero de algun tiempo á esta parte el Catolicismo va sobreponiéndose á todas las sectas que en Ginebra alimentan los intereses mercantiles de diversos pueblos.

Los vecinos del barrio de Recoletos lamentan la suspension de las obras emprendidas en la iglesia de San Pascual, cuya edificación reportaria grandes ventajas, sobre todo en los días festivos, por no haber templo mejor situado en aquellas inmediaciones, donde el vecindario cada día es más numeroso.

Se cuenta que el Papa, al hablar del futuro Concilio, con el rostro bañado en lágrimas, levantando sus ojos al cielo y extendiendo sus brazos, dijo: «¡Ah! Sea bendito el nombre del Señor, yo haré la convocacion, y plegue al cielo que mi sucesor pueda confirmarlo.»—Un prelado que escuchaba á Su Santidad, dijo: «Santísimo Padre, Dios, que hasta ahora ha conservado su vida, hará tantas y tan grandes cosas, que querrá aun prolongársela para que vea terminado el Concilio.»—«¡Imposible! repuso el Papa, *non videbo dies Petri*»

Segun estados de 4 de Febrero y 18 de Marzo últimos, remitimos por la vicaria de Madrid al Emmo. señor cardenal arzobispo de Toledo, se han recaudado en las parroquias de esta corte 61.430 rs. 70 cénts., como limosnas para Su Santidad, en la forma siguiente:

San Martin.	4.888.21
San Ildefonso.	4.880.21
San Justo.	340.76
San José.	6.630.64
San Sebastian.	9.227.88
Santiago.	1.621
Santa Cruz.	3.145.25
Santa María.	360.46
San Ginés.	689.60
San Pedro.	420
San Luis.	2.849
San Millan.	1.465
San Nicolás.	1.422
San Andrés.	1.035
San Lorenzo.	5.428.90
San Marcos.	5.494.24
Chamberí.	242.46
Casa-colegio del Sagrado Corazon de Jesus en Chamartin de la Rosa.	2.885
Primer monasterio de Salesas Reales.	8.000
San Isidro Real.	626
D. Santiago Tejeiro.	100

Escuchaba el Sumo Pontífice dias pasados á un personaje que mostraba ciertos temores por la causa de la situación de Roma. Cuando acabó el orador, el Papa, sonriendo, se puso á esbribir rápidamente, y luego, recordando al personaje las palabras del Salvador á San Pedro: *las puertas del infierno no prevalecerán*, añadió al tiempo que le entregaba el papel: «Que estos versos de un clásico italiano lleguen á conocimiento de todos los católicos.» Los versos eran estos:

«D'ogni colpa la colpa maggiori
E l'accesso di un empio timore
Oltraggioso all'Eterna pietá.
Chi dispera non ama non crede;
Che la Fede, l'Amore la Speme
Son tre fari che splendono insieme
Ne uno ha luce se l'altro non l'ha.»

TRADUCCION.

La mayor de todas las faltas es el esceso de un temor impio que ultraja á la piedad del Eterno: quien desespera, ni ama, ni cree; porque la fé, el amor y la esperanza son tres faros que dan una misma luz, sin que brille uno solo cuando los otros están apagados.

Parece que el Ilmo. señor obispo de Salamanca va á ser promovido á la Sede metropolitana de Búrgos, vacante desde el fallecimiento del eminentísimo cardenal Puente.

Los prelados residentes en Roma nombraron dos comisiones para redactar un mensaje al Sumo Pontífice: componian la primera 50 obispos, que fijaron las bases del escrito, y 6 la segunda, entre ellos el arzobispo de Zaragoza, presidida por el cardenal De Angelis, arzobispo de Fermo, erudito, esperto y sabio príncipe de la Iglesia.

En el mensaje, atribuido á la elegante pluma de monseñor Franchi, se alude al futuro Concilio, reconociendo la conveniencia de tan augusta Asamblea, y se invoca la autoridad de Pablo III, citando sus palabras al convocar el Concilio de Trento. En resumen, el mensaje dice que el apóstol San Pedro ha hablado por boca de Pio; se repiten las célebres palabras del Concilio de Florencia, acerca de la potestad y supremacia del Pontífice; y por último, los obispos protestan de su firmísima adhesión á la Santa Sede, diciendo expresamente que condenan, aceptan y anuncian todo lo que conde- ne, acepte ó anuncie el Vicario de Jesucristo.

A este mensaje ha contestado Su Santidad con un discurso, que la falta de espacio nos hace aplazar su insercion para el siguiente número, en el cual se felicita de la presencia de los obispos en Roma, que como delegados de todo el universo católico van á demostrar con sus protestas la viva fé que en todo brilla, y dándoles gracias por sus esfuerzos en defender los derechos de la religion, lamenta las vejaciones de la Iglesia, la condicion lastimosa de la sociedad civil y la perturbacion completa en que vivimos, gravísimas calamidades, á que solo puede oponerse la divina virtud de la Iglesia, que nunca mejor se manifiesta que al reunirse los obispos, convocados por el Sumo Pontífice para tratar bajo su presidencia de las cosas eclesiásticas.

El gran desembolso que nos ocasionan los grabados de dos planas no permiten prodigarlos, cual deseáramos; mas para dar á nuestros suscritores una muestra de gratitud, y como obsequio especial y extraordinario, publicamos en el presente número otro igual al primero. En lo sucesivo irá uno cada mes.

Solucion al Jeroglífico del número anterior:

EL SANTO TEMOR Á DIOS ES LA BASE DE LA
SABIDURÍA.

JEROGLÍFICO.



(La solucion en el número próximo.)

Por lo no firmado,
El secretario de la redaccion, F. L. DE HENALES.

Madrid: 1867.—Imp. de R. LABAJOS, calle de la Cabeza, 27.